



## De la soberbia

Época II, año VI, número VI Noviembre - Diciembre 2008.  
Moderador: Klaus Droste Ausborn.

### Introductio

Al observar el panorama histórico de los últimos siglos podemos constatar como la Ciudad Terrena ha ido avanzando paulatinamente desde la avaricia a la vanidad. Ésta última puede impulsar a la sociedad al deseo desordenado de la propia excelencia, que se transforma en el eje central que articula toda la vida social. La **soberbia** no es el más grave de los pecados, pero todos los pecados se agravan con ella y una vez instalada empuja a todos los demás desordenes, como si fuesen un derecho; culminando en el odio, como la última manifestación de la degradación de lo propiamente humano en el corazón del hombre. Tal parece ser esta una época tal, en la que la **soberbia**, desde muchas instancias, no se combate sino que más bien es promovida. La consolidación de este desorden es una privación sumamente perniciosa que es menester, tal parece, estudiar como una clave interpretativa de nuestros tiempos en los cuales es cada vez más claro constatar el vivir *etsi Deus non daretur*.

## LECTIO

### VERBA DOCTORIS

**Klaus Droste Ausborn citó el 10 de Noviembre de 2008:**

*Tomás de Aquino, Summa Theologiae II-II, q.162, a.1 in c.*

La soberbia recibe este nombre del hecho de que alguien, por su voluntad, aspira a algo que está sobre sus posibilidades. Por eso dice San Isidoro en sus Etymolog.: *Se la llama soberbia porque quiere aparentar más de lo que es, y a quien desea sobrepasar lo que es, soberbio*. Y es propio de la recta razón el que la voluntad de cada cual busque lo que le es proporcionado. Por eso es claro que la soberbia lleva consigo algo que se opone a la recta razón, y esto constituye pecado, ya que, según Dionisio en *De Div. Nom.*, *el mal del alma consiste en apartarse de la recta razón*. Es, pues, evidente que la soberbia es pecado.

<http://www.corpusthomicum.org/sth3155.html#45518>

### COMMENTARIA

**Gregorio Jesús Román Ramírez respondió el 11 de Noviembre de 2008:**

Como decía San Bernardo: "El desconocimiento propio genera soberbia, pero el desconocimiento de Dios genera desesperación".

Como decía San Agustín: "La soberbia no es grandeza sino hinchazón; y lo que está hinchado parece grande pero no está sano".

La soberbia creo que es un mal que ha existido siempre en toda la historia de la humanidad, pero no por todos, sino por una parte de ellos. El que es soberbio se engaña a sí mismo creyendo lo que no es. San Bernardo en las obras que ha editado la BAC, en su primer libro hace una muy buena referencia a la soberbia. Tengo que ir a mi biblioteca para exponeroslo, pues no me lo sé de memoria.

**Llucià Pou Sabaté respondió el 18 de Noviembre de 2008:**

Ahora que se habla tanto de lo bien que van los sentimientos positivos, podemos ver el mal, que es ausencia de bondad, como cargas negativas que hacen daño, y la primera de ellas la soberbia: ella, con los otros vicios, son expresiones del egoísmo, de la ausencia del amor. El mal genera sentimientos negativos, y el amor positivos. El mal produce un desorden interior, y el bien una armonía que da paz y felicidad. Es el corazón, núcleo íntimo del hombre donde éste toma sus decisiones, lo que marca la categoría de una persona, su plenitud, que se manifiesta en las virtudes, opuestas a los vicios, como la solidaridad, la fraternidad, etc. En cambio, las frustraciones, resentimientos y todo tipo de amarguras son causados por la ausencia de este amor de corazón, orientado hacia Dios y los demás. Las pasiones incontroladas desencadenan pulsiones instintivas y dependencias. Hay que educar toda pasión para que –integrándola en la interioridad– nos ayuden a tener un corazón bueno, a base de acciones buenas que se convierten en virtudes. Así, las tendencias hacia el bien, la verdad y la belleza van dominando todo lo que hacemos, va creciendo en nosotros un anhelo de sublimidad, de cosas grandes, y el deseo básico de amar y ser amado se va purificando de adherencias egoístas que hacen daño. La nostalgia de no tenerlo aún todo se va transformando en plenitud de tenerlo todo en la esperanza. La pena causada por la limitación de la realidad (limitaciones físicas o psicológicas, mal de la naturaleza y maldad humana) se vuelve entrega, servicio, y la certeza de que todo mal no sería permitido por Dios si no fuera porque de ello puede sacar –por caminos a nosotros desconocidos todavía– un bien más alto: surge de ahí una confianza muy grande en la vida, que ponemos no en nuestras fuerzas o en el destino, sino en algo mucho más alto, que es el amor de Dios y la confianza en que nos salvará. Todo esto es "estar en la verdad", a lo que santa Teresa llamaba humildad.

**Mario Caponnetto respondió el 4 de Diciembre de 2008:**

Estimados amigos:

Siguiendo la senda de San Isidoro en las ETIMOLOGÍAS, Santo Tomás define la soberbia del siguiente modo: “superbus dictus est quia super vult videri quam est, qui enim vult supergredi quod est, superbus est”; es decir, el soberbio es alguien que quiere parecer más de lo que es y sobresalir por encima de lo que él es; y esto contradice a la recta razón que consiste en que la voluntad de cada cual busque aquello que le es proporcionado.

Pero, ¿qué es lo que sobrepasa al soberbio y que está por encima de lo que él es? ¿Qué es lo que la voluntad del soberbio desea que, contrariando la recta razón, le es desproporcionado? A mi juicio, creo que el soberbio no sólo se ama a sí mismo en demasía y desordenadamente, sino que, en su locura, quiere ser Dios, esto es, más que hombre y ponerse en el lugar de Dios. En esto, según veo, reside la radical perversidad de este pecado.

En este mismo artículo 1 de la cuestión 162 de la Secunda Secundae, leemos la siguiente objeción:

“2. Además, apetecer la divina semejanza no es pecado pues es lo que naturalmente apetece cualquier creatura y en ello consiste lo mejor de ella; y esto conviene principalmente a la creatura racional que ha sido hecha a imagen y semejanza de Dios. Pero, como se dice en el Libro de las Sentencias de Próspero, la soberbia es el amor de la propia excelencia por la que el hombre se asemeja a Dios que es excelentísimo. Por eso, dice Agustín, en Confesiones, Libro II, c 6, 13: «la soberbia imita la excelencia, mientras sólo Tu eres el único Dios, excelso sobre todas las cosas». Luego, la soberbia no es pecado” [2. Praeterea, appetere divinam similitudinem non est peccatum, hoc enim naturaliter appetit quaelibet creatura, et in hoc optimum eius consistit. Et praecipue hoc convenit rationali creaturae, quae facta est ad imaginem et similitudinem Dei. Sed sicut dicitur in libro sententiarum prosperi, superbia est amor propriae excellentiae, per quam homo Deo similatur, qui est excellentissimus, unde dicit Augustinus, in II Confess., superbia celsitudinem imitatur, cum tu sis unus super omnia Deus excelsus. Ergo superbia non est peccatum].”.

A lo que se responde:

“A lo segundo se ha de decir que la razón es la ordenadora de todas las cosas que el hombre naturalmente apetece, y, de este modo, si alguno se aleja de la regla de la razón, sea en más o en menos, ese apetito será vicioso como se evidencia con el alimento que es naturalmente deseado. Pero la soberbia apetece la excelencia excediendo la recta razón. Por eso, Agustín, en la Ciudad de Dios, Libro XIV, dice que la soberbia es el apetito de una excelencia pervertida. Y es también por lo que, como dice Agustín en La Ciudad de Dios, Libro XIX, 12, 2: «La soberbia imita perversamente a Dios, pues odia la igualdad con los socios en el sometimiento a Dios pero quiere imponer a los socios su dominio en lugar del de Dios»” [Ad secundum dicendum quod eorum quae naturaliter homo appetit, ratio est ordinatrix, et ita, si aliquis a regula rationis recedit, vel in plus vel in minus, erit talis appetitus vitiosus; sicut patet de appetitu cibi, qui naturaliter desideratur. Superbia autem appetit excellentiam in excessu ad rationem rectam, unde Augustinus dicit, in XIV de Civ. Dei, quod superbia est perversae celsitudinis appetitus. Et inde est etiam quod, sicut Augustinus dicit, XIX de Civ. Dei, superbia perverse imitatur Deum. Odit namque cum sociis aequalitatem sub illo, sed imponere vult sociis dominationem suam pro illo].

Este texto del Aquinate apunta a la raíz del hombre contemporáneo que ha levantado este “Regnum hominis” que pretender sustituir el “Regnum Dei”. En vez de la Civitas Dei, la Civitas hominis, en vez del Regnum Christi, un laicismo agresivo, anticristiano que tiraniza a las naciones otrora católicas. Insisto en esta proyección social, cultural y política de la soberbia pues me parece que es, al decir de Ortega, “el tema de nuestro tiempo”.

Tal vez el señor Moderador juzgue oportuno tratar acerca de este punto en la disputatio ya cercana. Un cordial saludo.

### **Mario Caponnetto respondió el 8 de Diciembre de 2008:**

Estimados Amigos: Les hago llegar a todos un fraternal saludo en la Festividad de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Ella, que es llamada Sedes Sapientiae guíe y bendiga nuestros trabajos y estudios.

Oremos, pues, con toda la Iglesia:

Deus, qui per immaculatam Virginitatis Conceptionem digno Filio tuo habitaculum praeparasti: quaesumus; ut, qui ex morte ejusdem Filii tui praevisa, eum ab omni labe praeservasti, nos quoque mundos ejus intercessione ad te pervenire concedas (Oración coleta de la Misa del día)

### **Jorge Andregnette respondió el 8 de Diciembre de 2008:**

Asiste razón a Mario al aludir a la proyección social, cultural y política de la soberbia. Las guerras

injustas, los odios de la Revolución anti-cristiana, y aun en la vida diaria, a todos aquellos que creen solamente en su perfección y que el mal está totalmente en los otros y no en su corazón. Es eso soberbia, la misma del fariseo que se levantaba, en primera fila, en el Templo, dando gracias "porque no era como el publicano" que en el fondo, postrado, reconocía su falta y su pecado. Gracias por el saludo, que retribuimos, unidos por el manto albiceleste de nuestra Señora, en la fiesta de su Inmaculada Concepción.

## VERBA DOCTORIS

**Klaus Droste Ausborn citó el 10 de Noviembre de 2008:**

*Tomás de Aquino, Summa Theologiae II-II, q.162, a.8 in c.*

Como ya expusimos antes (a.2; a.5 ad 1), la soberbia puede considerarse de dos modos. En primer lugar, en sí misma, como pecado especial. En segundo lugar, en cuanto que ejerce un influjo universal sobre todos los pecados. Ahora bien: consideramos vicios capitales a ciertos pecados especiales de los que nacen muchos géneros de pecados. Por eso algunos, considerando la soberbia como un pecado especial, la incluyeron entre los vicios capitales. Pero San Gregorio, considerando su influjo universal sobre todos los vicios, tal como dijimos (sed cont.), no la incluyó entre los vicios capitales, sino que la consideró reina y madre de todos los vicios. Por eso dice en XXXI Moral. : *La soberbia, reina de los vicios, cuando se apodera del corazón lo entrega a los siete vicios capitales como si fueran capitanes de un ejército devastador, de los cuales nacen otros muchos vicios.*

<http://www.corpusthomicum.org/sth3155.html#45518>

## COMMENTARIA

**Jorge Andregnette respondió el 11 de Noviembre de 2008:**

Entiendo que este pecado es trascendental. Origen de todos los males del mundo. Lo vemos entonces en la tentación de la "Serpiente antigua". En efecto, ella dice: "si comieres el fruto de ese árbol seréis como dioses". Lo vemos en el Mundo actual. La tentación de soberbia en las revoluciones sociales y políticas que tienen su raíz en la "Gran Revolución Religiosa": las reflexiones de los seguidores de aquel filósofo de Tréveris: "el proletariado no tiene nada que perder mas que sus cadenas, y todo un mundo por ganar." ¿No es eso soberbia? y así tantas otras cosas. Es el momento, si, de poner sobre la mesa ese gran pecado de soberbia que se metió, a no dudarlo, como el "humo de Satanás", al decir de Paulo VI, hasta en la Iglesia de Cristo, después del Vaticano II.

**Llucià Pou Sabaté respondió el 18 de Noviembre de 2008:**

Voy a señalar el contrapunto: si la soberbia es la raíz de todos los males la humildad es la base de todos los bienes, y viene de "humus", tierra: nos hace tocar de pies en el suelo recordando lo que decía san Francisco de Asís: cuando abandones esta tierra, no podrás llevar contigo nada de lo que has recibido, solamente lo que has dado: un corazón enriquecido por el servicio honesto, el amor, el sacrificio y el valor. Por eso, decía Santa Teresa de Jesús que humildad es andar en verdad. Y San Josemaría Escrivá de Balaguer veía cómo la humildad se despliega en mil destellos de luz, un abanico multicolor de virtudes de vital relevancia: sencillez, veracidad, sinceridad, transparencia, confianza absoluta en Dios, abandono en sus manos, fe firmísima, esperanza inquebrantable, amor tierno y fortísimo, facilidad para olvidar penas y descubrir alegrías, optimismo, audacia y perseverancia en el pedir... "Es la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza". La humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y sin ella no hay ninguna que lo sea, como decía también Cervantes.

Desde una perspectiva sobrenatural, el fundamento de la vida espiritual es sentirse hijo de Dios; pero como en las monedas, hay otra cara: desde el punto de vista humano sólo es posible cuando hay humildad. Por ello –dice Santo Tomás de Aquino– es necesario que los hombres que progresan de este modo disminuyan su propia estimación, porque cuando más penetra alguien en la grandeza divina tanto más considera pequeña la condición humana.

La soberbia, el orgullo, es negar todo esto, es el gran obstáculo a la felicidad y esto puede llegar hasta el punto de no asombrarnos con las maravillas de la creación. Si no, hacemos de Dios un problema, llegando a creer que nosotros lo hemos inventado, y entonces el hombre se autodestruye en hacerse dios: "Sin humildad no puede haber humanidad" (Sir John Buchan).

En cambio, un corazón sencillo y gentil, es camino seguro para llegar al corazón de las personas y también al corazón de Dios. Es necesario no centrarnos en “mi carrera, mi prestigio, mi mujer, mis posesiones, mis aficiones o viajes o lo que sea”, y el icono de apertura a Dios y vaciamiento interior es la Virgen María: sentirse instrumento dejando obrar al Artista. Esta es la clave de la humildad: hacer y desaparecer; servir a los demás con alegría; así hasta que nuestras flaquezas se convierten en fortaleza.

## VERBA DOCTORIS

**Klaus Droste Ausborn citó el 10 de Noviembre de 2008:**

*Tomás de Aquino, Summa Theologiae II-II, q.161, a.5 ad 2*

Así como el conjunto ordenado de las virtudes se compara con un edificio por la semejanza que guarda con él, así también lo que es primero en la adquisición de las virtudes se compara con los cimientos, que son lo primero que se echa en un edificio. Ahora bien: las verdaderas virtudes son infundidas por Dios, por lo cual puede considerarse de dos modos la razón de principio en las virtudes. En primer lugar, como algo que aparta los obstáculos, y en ese sentido la humildad ocupa el lugar principal en cuanto que elimina la soberbia, a la cual resiste Dios, y hace al hombre obediente y siempre sumiso para recibir el influjo de la gracia divina eliminando la hinchazón de la soberbia, pues en Jds 4,6 se dice que *Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes*. En este sentido se dice que la humildad es el cimiento del edificio espiritual.

Puede decirse que, en las virtudes, algo es el fundamento directamente de otro modo, a saber: por el acercamiento a Dios. Ahora bien: el primer acercamiento a Dios se produce por la fe, conforme a lo que se dice en Heb 11,6: *Es preciso que quien se acerca a Dios crea*. Bajo este aspecto, se considera cimiento a la fe de un modo más excelente que la humildad.

<http://www.corpusthomicum.org/sth3155.html#45518>

## COMMENTARIA

**Martín Federico Echavarría respondió el 10 de Noviembre de 2008:**

En este profundo texto, el Aquinate comienza con la que considero que es la mejor definición del carácter moral: "ordinata virtutum congregatio" (y, generalizándola, el "conjunto ordenado de hábitos operativos"). Un hombre se distingue de otro principalmente por sus disposiciones (y actos) morales. La concepción tomasiana de las virtudes y los vicios no es unívoca y chata, sino que entre los hábitos hay un orden, que es lo que da "forma" al carácter (causa formal). Y ese orden intrínseco entre los hábitos a su vez depende del orden del conjunto de ellos a algo a lo que se aspira como fin último (causa final). En el caso del carácter virtuoso (en sentido pleno y sobrenatural), el hábito que estructura a los demás es la caridad (que en su operación sigue a la fe, de la que habla el texto). La caridad hace al alma amiga de Dios y la orienta a Él como fin último. Y, como dice santo Tomás (me ahorro aquí la cita, pero si fuera necesario, la pondré), lo que se quiere como fin último, se quiere sin medida. Sólo lo que se quiere como medio para el fin último se apetece con medida, es decir, se lo apetece "en la medida en que" o conduce a ese fin o, al menos, no lo entorpece definitivamente. Por eso, el mandamiento de la caridad se da sin medida. No hay que controlarse o medirse en el amor a Dios (y al prójimo en orden a Dios). La razón del orden de las otras virtudes se toma desde la caridad "forma virtutum". De modo semejante, cuando alguien se propone como fin último algo que no es Dios, también lo quiere sin medida. Como el avaro quiere ser rico sin medida, y el lujurioso, quiere sexo sin medida. Pero como estos son bienes finitos, el movimiento de deseo no tiene término, porque en ninguna criatura se encuentra la felicidad última. Por eso, la perfección que intensivamente se encuentra en Dios, se la busca extensivamente en las criaturas. Así, el avaro nunca sacia su afán de riquezas, y el lujurioso parece no cansarse de las novedades en la búsqueda de placer. Digo "parece" porque este proceso lleva por su fuerza al hastío. El soberbio apetece antes que nada la propia excelencia, y en orden a ella se agrupan sus fuerzas anímicas (proceso descrito psicológicamente por Alfred Adler). La soberbia es un vicio muy insidioso, porque está muy relacionada con un apetito muy radical como es el de llegar a ser plenos (por eso está por encima de los vicios capitales, según san Gregorio). Los autores espirituales de todos los tiempos señalan que es el último vicio es ser vencido, porque se oculta incluso detrás de la apariencia de una gran virtud. Pero no es necesario aspirar a grandes cosas exteriores para ser soberbio. El acto principal de la soberbia es interior, y consiste en no aceptar nada por encima de sí mismo. El soberbio puede manifestarse (y ser) pusilánime en muchas cosas. Pero respecto de Dios, pronuncia interiormente el

"non serviam". La cura directa de la soberbia es la humildad, cimiento del edificio espiritual, que permite el verdadero conocimiento de sí y del propio lugar en la estructura de la realidad y de las relaciones humanas. Pero la fuerza purificadora última es la caridad, que atrayendo al alma hacia el verdadero fin último, que sacia plenamente al hombre, pone las potencias y hábitos en su lugar, produciendo la paz interior de la que tanto carece nuestra sociedad contemporánea, levantada sobre la hybris y sobre el proyecto de una paz puramente terrena sin referencia alguna a Dios.

**Alejandro Clause respondió el 10 de Noviembre de 2008:**

Me encantó el comentario de Martín con la distinción entre la apetencia con y sin medida. Lo que no entendí bien es cuando dice: "La concepción tomasiana de las virtudes y los vicios no es unívoca y chata, sino que entre los hábitos hay un orden." Me confunde el adjetivo "unívoco". Pregunto, sin ánimo de disputa, sino más bien de ignorancia: ¿lo unívoco se opone al orden?

**Javier Prieto Aceves respondió el 11 de Noviembre de 2008:**

Encuentro contradicción entre el texto inicial que dice que la soberbia "no es el más grave de los pecados" y el buen comentario atribuido a San Gregorio que dice que la considera la reina y madre de todos los vicios. En el uno de los comentarios se dice que el cimiento principal de todas las virtudes es la humildad. Y también se cita cómo el Amor infinito del señor y creador de todo lo que existe, "rechaza a los soberbios". Yo intuyo, por esta cita bíblica, que sí es la soberbia el cimiento de todos los demás pecados capitales. Y si no que, por favor, uno de los buenos doctores nos diga cual es entonces "el más grave de los pecados" ¿Acaso lo será el Pecado contra el Espíritu Santo de que habla Nuestro Señor en los evangelios? Pero, no querer arrepentirse, ¿no es acaso la cima de todas las soberbias posibles? O bien, ese es el pecado más grave porque rechaza el arrepentimiento, independientemente de que sea la soberbia u otra de las pasiones la que lo empuja. Perdón por preguntar tanto. Un cordial saludo a todos: Javier Prieto Aceves, Tijuana, Baja California, México, profesor de Teoría General del Derecho y de "Acontecer Humano" UIA, Tijuana

**Martín Federico Echavarría respondió el 11 de Noviembre de 2008:**

Estimados amigos: Es posible que me haya expresado impropriamente. Sin duda, no tengo el don que Cayetano atribuía a santo Tomás de hablar "semper formalissime". Por otro lado, escribí bastante a vuelo de pluma (o de teclado). Cuando dije que la concepción de las virtudes de santo Tomás no es unívoca y chata, pretendía responder a algunas críticas que se han hecho a la moral clásica de las virtudes. Según algunos autores el problema de esta concepción es que trata de las virtudes separadamente, perdiendo de vista que el carácter moral es un todo y que, por lo tanto, las disposiciones tomadas separadamente no se pueden juzgar ni de virtuosas ni de viciosas. Así, por ejemplo, Erich Fromm: "Todas las virtudes y los vicios de que se ocupa la ética tradicional tienen que permanecer ambiguos porque frecuentemente con una misma palabra designan actitudes humanas diferentes y en parte contradictorias; únicamente pierden su ambigüedad si se las comprende en relación con la estructura del carácter de la persona a la cual se atribuye una virtud o un vicio.[...] Esta consideración es sobradamente importante para la ética: es insuficiente y erróneo ocuparse de virtudes y vicios como rasgos aislados. El tema principal de la ética es el carácter, y solamente en conexión con la estructura del carácter como un todo pueden establecerse juicios de valor acerca de rasgos o acciones separados. El carácter virtuoso o vicioso, más que virtudes o vicios aislados, son el verdadero objeto de la investigación ética." (Ética y psicoanálisis, FCE, México 1985, p. 46). Esta crítica no es acertada por varios motivos (respecto de los actos, y no de los hábitos, elimina la importancia del "objeto"), pero fundamentalmente porque en la moral clásica había un orden entre las virtudes. Algunas eran como "forma" de las otras. La caridad es forma de todas las virtudes, pues sin ella pierden la fuerza que las hace conducentes a la vida eterna. Al decir que la concepción de santo Tomás no es unívoca no era mi intención usar este término en su sentido lógico, aunque, si es cierto que la univocidad no se opone al orden, también es cierto que el concepto unívoco no se predica de las realidades contenidas en el mismo con un orden de anterioridad y posterioridad, que sí se da en la analogía. Mi intención era sólo decir que hay una anterioridad y posterioridad en las virtudes. La caridad y la prudencia, son más centrales que la modestia en el vestir o la eutrapelia. En fin, espero no haberme enrollado demasiado. Sobre el tema de si la soberbia es o no el más grave de los pecados, me parece que se pueden decir muchas cosas. Primero, los pecados capitales no son tales por ser los más graves, sino

por tener la virtualidad de producir otros pecados, que en sí mismos pueden ser más graves. Por ejemplo, la acedia lleva al rencor “a los preladados” y al odio del bien mismo. Por lujuria o envidia se puede llegar al homicidio. Que la soberbia tenga mayor capitalidad que los demás vicios capitales implica que los puede producir todos, pero no necesariamente que sea el más grave. Además, de que pueda producirlos todos, no se sigue que siempre lo haga. Como explica santo Tomás, además de por malicia, se puede pecar por debilidad (infirmas). De todos modos, santo Tomás dice que en cierto sentido sí es el más grave. Lo cito directamente porque me parece bastante claro (S. Th., I-II, q. 162 a. 6): “En el pecado se miran dos aspectos: conversión a un bien percedero, que es su aspecto material, y la aversión a un bien infinito, que es su aspecto formal y completivo. Por parte de la conversión, la soberbia no tiene por qué ser el pecado más grave, ya que la grandeza que el soberbio busca de un modo desordenado no expresa, en sí misma, una oposición máxima respecto al bien de la virtud. Pero por parte de la aversión, la soberbia posee la máxima gravedad, porque en otros pecados el hombre se aparta de Dios por ignorancia, por flaqueza o por el deseo de otro bien, pero en la soberbia se aparta de Dios porque no quiere someterse a El o a su norma. Por eso dice Boecio que, aunque todos los vicios rehuyen a Dios, sólo la soberbia se opone a El. Y por ello el apartarse de Dios, que en otros pecados es como una consecuencia, es esencial a la soberbia, y es su acto principal. Y puesto que lo que pertenece a algo por sí mismo es siempre mejor que lo que le viene de otro, síguese que la soberbia es el pecado más grave en sí mismo, ya que es un exceso en la aversión, el cual es el elemento formal del pecado”. Cordiales saludos, Martín Echavarría

#### **Horacio Bojorge respondió el 16 de Noviembre de 2008:**

Me parece un buen ejemplo de la actitud soberbia, la que se refleja en el siguiente texto de Immanuel Kant: “La moral, - dice - en cuanto que está fundada sobre el concepto del hombre como un ser libre que por el hecho mismo de ser libre se liga él mismo por su Razón a leyes incondicionadas, no necesita ni de la idea de otro ser por encima del hombre para conocer el deber propio, ni de otro motivo impulsor que la ley misma para observarlo [...] Así pues, la moral, por causa de ella misma (tanto objetivamente por lo que toca al querer, como subjetivamente por lo que toca al poder) no necesita en modo alguno de la Religión [entiéndase la revelación cristiana] sino que se basta a sí misma en virtud de la Razón pura Práctica” [La Religión dentro de los límites de la razón, Comienzo del Prólogo a la 1ª Edición 1793. Cito según la versión de Felipe Martínez Marzoa, Alianza Editorial, Madrid 1969, p. 19]

#### **Mario Caponnetto respondió el 22 de Noviembre de 2008:**

Estimados amigos: La soberbia, según enseña Santo Tomás, fue el primer pecado del ángel. Leemos en In Sententiarum II, d. 5, q 1, a 3, corpus: “[...] la soberbia se define como un apetito desordenado de la propia excelencia, principalmente de la dignidad o del honor y, de este modo, es un pecado especial, uno de los siete vicios capitales. En este sentido la soberbia fue el primer pecado del ángel lo cual se evidencia, de un lado, por el objeto del deseo, puesto que apetece la eminencia de la dignidad, y de otro lado por el motivo del deseo pues el ángel se precipitó en el pecado a causa de la consideración de la propia belleza” [“dicitur superbia inordinatus appetitus propriae excellentiae, et praecipue in dignitate vel honore; et sic est speciale peccatum, unum de septem capitalibus vitiis; et sic primum peccatum Angeli superbia fuit: quod patet tum ex desiderato, quia eminentiam dignitatis appetiit: tum etiam ex motivo, quia ex consideratione propriae pulchritudinis in peccatum ruit”].

La esencia de la soberbia es, pues, este desordenado amor a la propia excelencia y a la propia dignidad. Es el pecado que llevó al ángel a pronunciar aquel terrible Non serviant!

El hombre soberbio repite, en medida humana, el pecado del demonio. Y es esta soberbia humana, inspirada por Satanás, la que hoy vemos plasmarse en las instituciones, en la cultura, en las leyes, en toda esta civilización de la muerte que se levanta ante nuestros ojos por obra del hombre soberbio, vuelto contra Dios, contra Cristo y la Iglesia.

En el siglo XIX se acuñó aquella expresión, en apariencia desconcertante pero en el fondo profundamente verdadera: “el liberalismo es pecado”. Es el pecado de soberbia del hombre que ya no cree necesitar de Dios ni de la Redención de Cristo ni de la enseñanza de la Iglesia. Este, nuestro mundo “postmoderno”, es el heredero de aquel liberalismo, su fruto de perdición.

Muy oportuna la reflexión del querido Padre Bojorge.

Un cordial saludo

## **VERBA DOCTORIS**

**Manuel M<sup>a</sup> Domenech Izquierdo citó el 17 de Noviembre de 2008:**

*San Bernardo, Primer sermón de Adviento*

Quisiera sugerir la hermosa enseñanza de San Bernardo en su primer sermón de Adviento y que resumo en la página:

<http://webs.ono.com/manuelmdi/IMITACIO.HTM>

"Imitación de Cristo para ser como Dios".

[http://www.mercaba.org/DOCTORES/BERNARDO/ADVIENTO\\_01.htm](http://www.mercaba.org/DOCTORES/BERNARDO/ADVIENTO_01.htm)

## **VERBA DOCTORIS**

**Mario Silar citó el 17 de Noviembre de 2008:**

*Merry del Val*

Recomiendo las "Letanías de la Humildad" del beato. card. Merry del Val.

[http://www.ewtn.com/spanish/prayers/LITANY\\_HUMILITY.htm](http://www.ewtn.com/spanish/prayers/LITANY_HUMILITY.htm)

## **COMMENTARIA**

**Mario Caponnetto respondió el 5 de Diciembre de 2008:**

Recemos con frecuencia estas letanías. Pidamos a Dios, la virtud de la humildad. Decía Santa Teresa de Ávila que la verdad está en la humildad: Veritas in humilitate. Este debiera ser el lema de cuantos hemos hecho de la vida intelectual nuestro género de vida. No sea que nos suban los humos a la cabeza. Santo Tomás fue modelo de humildad. Un cordial saludo.



## DISPUTATIO

### QUAESTIO

**Jorge Andregnette escribió el 12 de Diciembre de 2008:**

Sin perjuicio de las manifestaciones de soberbia que vemos y hemos visto en los últimos tiempos, como las diversas muestras de soberbia por prescindencia u olvido de Dios en la Revolución anticristiana, que se abalanza hoy más que nunca sobre el mundo, creo que podemos ver también manifestaciones de esa soberbia en las filas de la Iglesia. Todavía, mal que nos pese, hay fariseísmo, -como aquel del Templo que se comparaba con el publicano, -en aquellos que ven el mal solamente en los otros, y no reparan que este está también en su corazón. El "humo de Satanás" que advertía Paulo VI con tanto acierto está también en esas manifestaciones de falsa integridad. De aquellos que "comen y beben su propia condenación" ¿Es esta cuestión un verdadero motivo de preocupación, hoy día, para todos nosotros? ¿Hemos olvidado que esto también es motivo de escándalo para los que nos miran de afuera? ¿Hay tanta perfección en los fieles para que veamos hoy, en cada Misa que son cada vez menos los que se acercan al Sacramento de la Reconciliación y cada vez más los que comulgan? ¿Deberemos meditar seriamente sobre este grave problema? Hay una frivolidad de la Fe. ¿Hoy estoy errado?

Saludos.

### RESPONSIONES

**Hug Banyeres Baltasa respondió el 13 de Diciembre de 2008:**

Creo sinceramente Dr. Andrés que no va errado, y pretendo no decirlo con soberbia. Y también creo que no se trata de perfección de los fieles, sino de imperfección de los pastores. Si no se abren las ventanas para que salga el humo de Satanás, nos iremos ahogando en él. Como en otras cuestiones, sólo se me ocurre que hemos de rezar, porque el proceso de degradación que proféticamente Vd. denuncia, no parece tener salida, excepto la esperanza del "non praevalerunt". Un saludo en Santo Tomàs. Hug

**Jorge Andregnette respondió el 16 de Diciembre de 2008:**

En un todo de acuerdo con Ud. estimado Hug. Rezar y rezar, eso es la clave de hoy. Siempre el "non praevalerunt" suena en nuestros oídos, pero también aquello de despertar al Señor cuando vemos que la Barca atraviesa rutas tan tempestuosas, no deja de apremiarnos. Ese proceso de degradación de los pastores parece no tener salida, es cierto, y el "humo del Maligno" se hace cada vez más espeso, al punto de no distinguir las figuras y las señales del Bien. Gracias por vuestro mensaje, un saludo en Santo Tomás, y felices Pascuas Navideñas. Jorge.

**Hug Banyeres Baltasa respondió el 16 de Diciembre de 2008:**

Estimado Jorge, ya puede ver ex adiunctis que tenemos junto al "no prevalecerán" el "pedid y recibireis", y también que nuestro Padre sabe lo que nos conviene, y que todo pasará excepto Sus palabras. Sólo la Palabra puede poner las nuestras en su sitio, y cuando la Palabra se hizo carne era muy pequeña, el llanto y la sonrisa de un Niño que hacemos ver ahora que nos va a nacer muy pronto, aunque sabemos que como Resucitado no duerme, y que por su parte Él hace ver ahora que le hemos de despertar para pedirle que salve la Barca. Lo hará, porque es la Barca en la que descansa, de manera que no hemos de temer. La fuerza de la oración es tan grande que, dice el Señor, viene como a cambiar la voluntad de aquel a quien se pide, perseverando. Terminaré con la confianza de que creo que muchos favores que actualmente recibo del Señor se deben a que un amigo del alma, forista por cierto, reza por mí. Que la celebración de la Navidad nos ayude a todos, y a usted a renovar nuestra esperanza. Un cordial saludo en Santo Tomás. Hug

**Jorge Andregnette respondió el 19 de Diciembre de 2008:**

Si, amigo Hug. Tengo renovada la esperanza. No lo dudes. Pero quiero aclarar que en estos momentos el recuerdo de la Barca en peligro sirve, aunque recordemos también que en aquel momento despertaron al Señor pues era solamente una tormenta exterior. Hoy hay un matiz diferente, pues el Enemigo intenta apoderarse del timón, y ya lo ha logrado en parte, y ese "humo" que viene del puente de mando, o por lo menos en mandos medios, se extiende a la cubierta. En el orden temporal, los gobiernos "progresistas", poseídos de una "crisofobia" tenaz e implacable, nos dicen en nuestras patrias hispanas que el "Estado es aconfesional", y hay que retirar los símbolos de la Fe de los lugares públicos. Mientras, el Islam avanza a paso de carga. Por tanto, bien aquí estamos firmes, no perdemos la esperanza, pero "si la sal pierde su sabor", quien da la sal a la tierra? Un saludo en Cristo, y Feliz Navidad. Jorge.

**Rafael Quijano Álvarez respondió el 21 de Diciembre de 2008:**

En la Suma Teológica, dirigida a principiantes, Santo Tomás explica la soberbia muy "pegado al terreno", refiriéndose a los aspectos que los jóvenes pueden percibir (I q. 63, aa 1 y 2; II-II q. 162, y q. 163 aa 1 y 2). En la Suma Contra Gentiles (III, c. 109), en cambio, busca las razones más profundas de las cosas, consciente de que los lectores lo entenderán 'pro modulo suo', según la capacidad de cada uno. Por eso describe el "mecanismo" de la soberbia de una forma muy clara, que puede pasar desapercibida en la Suma Teológica.

Dice Santo Tomás en Contra Gentiles que todas las cosas tienen un fin, que consiste en alcanzar su perfección. Los seres materiales alcanzan su perfección, y dan así a Dios la gloria que Dios requiere de ellos. Pero los seres libres tienen dos fines. Uno es el fin propio que corresponde a sus naturalezas, y otro el fin sobrenatural al que Dios los ha ordenado. Las criaturas libres pueden elegir entre mantenerse en su fin propio, o someterse a Dios para que sea él el que las lleve a la perfección sobrenatural. La soberbia consiste en quedarse en el fin propio, rechazando el fin sobrenatural.

Un ejemplo de esta explicación de Santo Tomás puede ser un chiste que se cuenta por España. Dice que a una ancianita a punto de morir, el sacerdote la consolaba diciéndole que pronto estaría en el cielo. Y la ancianita le respondía: "ay, padre, como en su casa no se está en ninguna parte". Eso sería la soberbia (aunque, sin duda, la ancianita, pronto estaría en el cielo, tal vez a su pesar).

Creo que, desde este planteamiento, se puede decir que la solución de la soberbia es la esperanza, el deseo de estar con Cristo, del que brota, como de su fuente, la humildad y resto de las virtudes. Un cordial saludo.

**Jorge Andregnette respondió el 22 de Diciembre de 2008:**

Estimado Rafael: Tomando su cita de la Suma Teológica, en el orden de los fines, -propio y sobrenatural, -podríamos sacar en conclusión que casi todo el mundo actual está incurrido en pecado de soberbia. En efecto, hoy el hombre ha alcanzado, con su obrar, casi una perfección como ser material, sus adelantos en las ciencias, en la técnica, etc. Pero no cabe duda que pueden ser poquísimos, casi diríamos una ínfima minoría, los que eligen el someterse a Dios para que El los lleve a la perfección sobrenatural. Es en los propios medios eclesiales donde vemos, con profundo pesar y desoncierto que, jerarquías y sacerdotes comunes, solo hablan de una perfección en el orden temporal. Que la economía, que lo social, que lo político, este en el sentido muchas veces de democracia partidocrática, son sus preocupaciones. Estados que otrora dieron ejemplo de testimonio y defensa de la Fe, hoy se confiesan que son "aconfesionales" y que hay que borrar símbolos que recuerden al hombre su fin trascendente. Por tanto, hoy más que nunca es actual esa diferenciación que nos hace Santo Tomás. Pienso también que bien está la esperanza, pero que esta debe ser acompañada por un profundo cambio en las actitudes oficiales de la Iglesia, poniendo el acento en esos fines de perfección sobrenatural. Hace poco cambiábamos impresiones con Hug Banyeres sobre ese "humo de Satanás" presente en la Barca. Despetamos al Señor, pero también advirtiéndole que el Enemigo intenta tomar el gobierno de la nave, y que no solo se trata de una tempestad exterior a la Iglesia. Saludo en Cristo. Jorge.

**Rafael Quijano Álvarez respondió el 23 de Diciembre de 2008:**

Estimado D. Jorge. Mi anterior mensaje lo tenía escrito desde que empezó el tema de este bimestre, porque la descripción que hace Santo Tomás de la soberbia me había sido de gran utilidad. Por varias

circunstancias no pude mandarlo en la Lectio, y me pareció que encajaba en su primer mensaje de la Disputatio. Como ve, también he tardado ahora en mandarlo, y el tema que usted plantea se ha centrado en la situación de la Iglesia y del mundo.

Sobre este asunto he leído recientemente en Santo Tomás, aunque no recuerdo dónde, algo que me sorprendió. Dice que las columnas de la Iglesia son los sacramentos y los doctores. Creo que no le falta razón. Y son esas dos columnas las que están francamente deterioradas. Sin duda por la soberbia, que es el humo de Satanás.

Con respecto a la Teología, sobre la que podemos actuar directamente, dice San Gregorio que "De la mente que no encuentra humilde, la verdad huye" (Eam quippe quam non invenit humilem, veritas fugit mentem, citado por Santo Tomás, Catena Aurea in Ioannem, c. 8 lectio 14). "La ciencia hincha", decía San Pablo. De modo semejante a como los primeros filósofos se sintieron fascinados por el ser inmóvil de Parménides, a los teólogos nos ha fascinado el sistema que llamamos tomismo. Si la humildad consiste en ponerse al servicio de Dios, debemos estudiar a fondo las Escrituras. Y el que mejor explica las Escrituras es Santo Tomás. Lo hace en sus obras, no en sus presuntos intérpretes.

Creo que es bueno tener en cuenta que el primer acto público del Señor fue, precisamente, conversar con los doctores de Israel, siendo niño. Y para hacerlo, no dudó en abandonar a sus padres.

Un cordial saludo, y felices pascuas a todos.

#### **Jorge Andregnette respondió el 23 de Diciembre de 2008:**

Estimado D.Rafael: Mas que oportuno su recuerdo de las dos columnas a que alude Santo Tomás, que yo tampoco recuerdo donde lo he leído. Sacramentos y doctores, ciertamente, sustentan la bóveda de la Santa Iglesia. Y es por eso que ese Maligno Enemigo ha logrado deteriorarlas, con el alejamiento de aquello que nos robustece y santifica, y con el olvido o la banalización de la doctrina. Esa soberbia actúa, y aquel dice: "no necesito de los sacramentos, creo en los valores del hombre", y ese otro doctor: "no tengo nada que enseñar, todo lo veo en la humanidad que sufre y lucha", reduciendo a un puro "humanismo" estéril toda la prédica de siglos, y se convierte en el "perro mudo" al que aluden la Escrituras. Olvida, culpablemente, con menoscabo de la grey, lo del Apóstol: "predica, exhorta, reprende, oportuna o inoportuna". Y así vemos cartas pastorales reducidas a pura sociología, o economía, como si no fueran Pastores los que las redactan. Coincidimos, amigo Rafael, habrá que orar y trabajar para restaurar esas columnas. Felices Pascuas. Jorge.

#### **Javier Prieto Aceves respondió el 24 de Diciembre de 2008:**

Estimados Amigos: En el libro Jesús de Nazaret de que es autor el Santo Padre, viene la cita de San Mateo, en el sentido de que el mundo (entendido en su sentido peyorativo, desde luego) necesita ser exorcizado. En ese sentido, el temor de don Jorge está plenamente justificado. La tempestad del mundo que sólo el Señor puede calmar y de hecho calma a cada momento son esas desviaciones contemporáneas que nos hacen creer, por ejemplo que tenemos ciencia autosuficiente y que ella nos dará como decía el texto absurdo de una constitución que decía que el Estado nos daría, por eso, "una concepto racional y exacto del universo y de la vida" O bien, ese avergonzarse de la fe, para sacarla de la vida y entregarse de lleno a las vanidades de este mundo que, indudablemente, hemos de rogar que sea exorcizada con la acción del Espíritu Santo. Saludos. Javier Prieto Aceves

#### **Jorge Andregnette respondió el 25 de Diciembre de 2008:**

Estimado Don Javier: Gracias por sus reflexiones. Es exacto, ese supuesto concepto "racional y exacto del universo y de la vida" que es herencia de la Ilustración dieciochesca, que tanto daño ha hecho, hoy hace que el mundo pierda de vista que el único que orienta y da sentido a la vida es Cristo. El "omnia instaurare in Christo" nos urge hoy mas que nunca. Lo grave es que, como coincidimos en este foro, asistimos al quebrantamiento o bien al serio daño que han sufrido las dos columnas de la Iglesia y que tan oportunamente recordaba Rafael Quijano, como producto de tinieblas satánicas que se han infiltrado en la Barca de Pedro. Ud. por su parte, señala con acierto ese "avergonzarse de la fe", que nos hace esconder o escamotear culpablemente el testimonio. Ese testimonio que dieron los primeros mártires que afrontaban los odios del Imperio Pagano, o bien los "Cristeros", que son recuerdo vivo en su Patria Mexicana, tan fecunda en testimonios de Fe. Su Santidad Benedicto XVI nos recuerda permanentemente ese valor del testimonio de la Fe, de dar ejemplo de valor ante un mundo cada vez

mas paganizado. Las "vanidades de este mundo" que Ud. señala, las vemos claramente en estos momentos en que esas vanidades son sacudidas por una crisis casi sin precedentes, que castiga a los mas débiles. Y eso, ¿es solamente crisis por razones económicas? Por cierto que no, ya que está en el fondo de todo un abandono de las normas éticas verdaderas, que solo la luz de Cristo puede darnos, con el apoyo de las dos columnas eclesiales que recordaba el Aquinate. Muy feliz y santa Navidad. Jorge.

**Javier Prieto Aceves respondió el 27 de Diciembre de 2008:**

Otro pasaje del evangelio que conviene tomar en cuenta en estas preocupaciones que plantea don Jorge, es aquel en que Satanás muestra a nuestro Señor desde una alta cima, en la tentación en que le ofrece el poder y comenta que TODOS ESTOS REINOS le pertenecen. Sí lo que hay en el mundo del poder, del tener, de la soberbia, de la cobardía, del no querer arrepentirse, del relativismo y del hedonismo, siguen siendo, sin duda, territorios de Satanás, no obstante que la redención ya llegó al mundo y nos llama a la gracia y a la santidad. Oí una vez una traducción de "no prevalecerán las puertas del infierno" que me pareció muy hermosa: NO RESISTIRÁN los embates del Pueblo de Dios en la Iglesia que el Señor acompañará hasta el final de los tiempos... Tal vez esto que propongo sea, como usted lo dice la clave de la esperanza, si bien lo meditamos y pedimos... Javier Prieto Aceves. Gracias por la referencia a los cristeros y a los mártires mexicanos. Particularmente yo soy devoto del padre Pro porque era amigo de mi padre y él me platicó del hoy beato muchas veces...

**Jorge Andregnette respondió el 27 de Diciembre de 2008:**

Dice bien Javier Prieto Aceves al aludir a la soberbia en el pasaje del Evangelio que trata de las tentaciones de Cristo. El Maligno, padre de la mentira y de la soberbia, trata de provocar esta, cuando le muestra al Hijo del Hombre esos reinos del mundo. Serían suyos si, postrándose, le adoraba. No otra cosa es lo que vemos actualmente, en el que ese dominio de los "reinos del mundo" hace cometer las atrocidades e iniquidades que presenciamos por doquier. Aun los países de tradición y raigambre cristiana se atan a veces a ese carro de iniquidad. Colaboran en la construcción, no del reinado de Cristo, sino de Satanás. Bien que recordamos por supuesto, que el Salvador nos dijo que "su reino no es de este mundo", pero eso no nos exime de luchar, en la medida de nuestras fuerzas, para que, en lo posible, reine Cristo y se mitigue el Mal sobre la tierra. Esos mártires cristeros a que alude Javier, de feliz memoria en su martirologio, dieron su vida, ofrendándola por el reinado de El, frente a un atropello que no puede atribuirse mas que a la iniquidad apoderada de los reinados temporales, cuando se quiso impedir el profesar la Fe verdadera, al igual que en el Coliseo, bajo los emperadores paganos. "Por mi causa os perseguirán", resuena en nuestros oídos. Ese relativismo que se impone tiránicamente en estos días, que ya supera ampliamente a lo que pudo ser el puro liberalismo escéptico, es signo de alarma. Nunca tan necesaria como ahora la clara voz del Pontífice señalando esos errores y esos peligros para la supervivencia de la Fe Católica. Por la prensa, en el testimonio diario de nuestras tareas, en el aula, o en cualquier otro ámbito nos reclama la acción apostólica que es la Caridad de Cristo. No se nos ocultan las dificultades, en especial cuando esas "columnas de la Iglesia" a que alude Santo Tomás están algo sentidas o resquebrajadas y tardan en responder al llamado de aquella máxima: "Caritas Christi urget nos". Un saludo a todos. Jorge.

**Javier Prieto Aceves respondió el 5 de Enero de 2009:**

Una última acotación. En el Antiguo Testamento hay varias menciones (la misa de hoy, por ejemplo) de las tinieblas que cubren al mundo que por el pecado se alejó de Dios. En contraste, la Luz del Mundo, la que vino a este mundo y las tinieblas no pudieron cubrirla ni ocultarla, produce la verdadera sabiduría que hace arder la llama del amor. Todas las luces, incluida la estrella de los Magos confluyen en esa Luz que alumbró del Ungido que alumbró desde lo alto del Templo. ¿La soberbia y la sabiduría más profunda son compatibles? o más bien, ¿la soberbia que ciega a sus víctimas, oscurece también, en forma indudable hasta la relativa (y ciertamente "autónoma" sabiduría de "este mundo"? Yo creo que sí pues esta está de por sí oscurecida sin la Luz de Cristo? En cambio, la humildad de la buena fe que busca, que ora que lucha por encontrar, está muy cerca ya del Camino -y del rostro- de Dios, que es Cristo, la palabra que estaba en Dios y que era Dios desde siempre. La esperanza y el amor no se llevan con la soberbia que ciega a sus víctimas. Javier Prieto Aceves

## QUAESTIO

**Alejandro Clause escribió el 12 de Diciembre de 2008:**

Jack Welch, el legendario ejecutivo jefe de General Electrics de los 80 y los 90, en un reportaje de la revista Fortune hizo la siguiente reflexión:

"Hay una línea muy tenue entre la confianza en sí mismo y la arrogancia. El éxito a menudo alimenta a ambos, así como al rechazo al cambio. La gente entonces comienza a sentir una sensación de invulnerabilidad."<sup>1</sup>

¿Cómo se puede distinguir entre estas dos sensaciones, la confianza en sí mismo y la soberbia? ¿Qué prácticas se pueden recomendar para fomentar la primera sin caer en la segunda, o para rechazar la segunda sin perder la primera?

---

1- La cita es de Stratford Sherman, "A Master Class in Radical Change," Fortune, 13 de diciembre de 1993. El párrafo entero es el siguiente: "Managing success is a tough job. There is a fine line between self-confidence and arrogance. Success often breeds both, along with a reluctance to change."

## RESPONSIONES

**Hug Banyeres Baltasa respondió el 13 de Diciembre de 2008:**

Dr. Alejandro: Unos problemas, debidos precisamente a cierta soberbia de cierta institución pública, sólo me han permitido seguir el foro, sin poder atreverme a decir algo y participar como antaño. Con todo, no es poco ni banal lo que he podido aprender. Si ahora me atrevo a intervenir debe ser o porque confío en mi mismo, o porque me mueve algo de arrogancia, o ambos. No lo sé. Pero de todos modos, ya hace tiempo que pienso que el soberbio auténtico, el que "se cree" superior, es un tonto ignorante, a pesar de la diferencia que establece Balmes en El Criterio entre el soberbio, listo y que aparenta humildad, y el vanidoso, tonto de remate. La expresión de Mr. Welch no me parece correcta, porque la línea que dice no puede ser sutil. Llegar a confiar en sí mismo es conocerse, cosa que lleva toda la vida, y ser arrogante es no actuar con conciencia de que otras personas tienen la misma dignidad, cosa que indica toda una vida equivocada. No me extendiendo más, tan a última hora del cierre del bimestre. Un saludo cordial en St. Tomás. Dr.Hug

**Alejandro Clause respondió el 14 de Diciembre de 2008:**

El comentario de Hug sobre la cita de Welch está muy bien. Una diferencia esencial entre la arrogancia y la confianza en sí mismos es la actitud hacia los demás. Sin embargo, me parece que la cuestión tiene aún hueso para roer. Podríamos preguntarnos sobre la diferencia entre la soberbia interior y la confianza en sí mismo. Supongamos por ejemplo un caso en que no hay maltrato al prójimo.

**Hug Banyeres Baltasa respondió el 14 de Diciembre de 2008:**

Dr. Clause, la agradezco el comentario, y esta oportuna coletilla sobre la actitud hacia los demás. Me atreveré a poner un poco de carne a este hueso, en un tema tan difícil, visto exclusivamente desde la experiencia, sin textos. Entiendo que el soberbio interior o exterior (éste tal vez sería el que se muestra, el que se experimenta, tema que ya tiene hueso) es aquel ignorante de sí mismo y por tanto de los demás, que no conoce sus límites, ni reconoce en qué le superan otros a los que supone casi siempre limitados, y si lleha a verlos efectivamente superiores, les envidia. Por otro lado, la confianza en sí

mismo, el creer en uno mismo (cum-fidere) podría de por sí no distinguirse del soberbio. No obstante es necesario para la salud mental un grado determinado de confianza en sí mismo, que no sea complemento de la soberbia ni compensación de un complejo de inferioridad, es decir, que esté en el ámbito de la virtud, y por tanto, para simplificar, sea fruto de un grado determinado de prudencia. Creo que se puede señalar una diferencia: El soberbio se empeña en ser lo que cree ser, y con frecuencia lo exige de otros, y tiene un objetivo fijo a ciegas; el que confía prudentemente en sí mismo se pone a prueba habitualmente, tiene un objetivo siempre dependiente del “consilium”, y va haciéndose cargo con objetividad de sus limitaciones. Yendo a su cuestión, creo difícil que el soberbio no llegue muchas veces al maltrato voluntario al prójimo, porque éste no tiene significado pleno para él; en cambio el que confía prudentemente en sí mismo puede llegar más bien por accidens a maltratar a alguien. Éste pedirá perdón sincero, el otro, si lo hace, por conveniencia. Y como anécdota: Se tenía por arrogante a un señor, sacerdote, porque no devolvía el saludo mirando al otro. Y resulta que si movía la cabeza le entraban mareos, porque padecía un síndrome menieriforme o algo así. En este caso el soberbio hace un juicio tajante, y el prudente se pregunta antes porqué. No les canso más. Un saludo en Sto. Tomás. Dr.Hug

### **Rafael Quijano Álvarez respondió el 10 de Enero de 2009:**

(Estimado D. Alejandro un error en las facturas me ha tenido sin teléfono todas las Navidades. Esta inesperada prolongación del foro me permite enviarle dos respuestas). Cuando leí la cuestión que plantea me agradó la “línea tenue” que separa la humildad de la arrogancia. En esto discrepo con D. Hug (que me ha dado una gran alegría volverlo a ver por estos foros, y espero que se le solucionen los problemas. También deseo a D. Mario que se recupere de sus dolencias).

Me llamó la atención porque nunca había visto un encuadre tan claro de lo que es el medio en el que consiste la virtud y la “necesaria” libertad humana. Esa “línea tenue” es el punto en el que hay que “atinar”, como diría Balmes, para que la virtud empiece a tomar cuerpo. Y la “puntería” necesaria solo puede ser producto de una elección libre. Creo que se debe distinguir en esta cuestión el plano filosófico y el plano teológico, que desarrollo en mi siguiente mensaje. Y, en primer lugar, tener en cuenta que la “confianza en sí mismo”, la interpreto como “humildad”. Porque me parece que ni la confianza en sí mismo ni la soberbia son “sensaciones”, sino actos de la inteligencia. El que sabe que hace las cosas bien, y confía en sí mismo, no tiene por qué ser soberbio, ni en el sentido filosófico ni en el teológico. El que se deja llevar por las sensaciones, en cambio, será arrogante dependiendo de si el tiempo está nublado, o de si ha hecho bien la digestión.

En el plano filosófico hay un texto de Santo Tomás que me parece que responde a la cuestión que usted plantea. Dice así:

“Y como el discurso sobre las cosas morales, también en lo universal, es incierto y variable, todavía es más incierto si se quiere descender más, y hacer una doctrina sobre los casos singulares en especial. Pues esto no entra ni bajo la ciencia (ars), ni bajo ninguna narración, porque los casos de los singulares operables varían de infinitos modos. Por eso el juicio sobre ellos queda a la prudencia de cada uno...” (1).

La infinita variedad de las situaciones reales hace ver que el hombre es “necesariamente” libre: no le queda otro remedio que elegir. No puede recurrir a un manual (los casos singulares no se pueden narrar) ni a un consejero, pues las distintas situaciones se suceden ininterrumpidamente, y son todas diferentes. El instrumento del que dispone el hombre es la prudencia, es decir, el conocimiento de los principios y una larga experiencia, que le permite resolver las situaciones con acierto.

Y aquí estoy de acuerdo con D. Hug. Cuando se alcanza la virtud, el medio entre la humildad y la arrogancia, la línea deja de ser tenue. En el comentario a este mismo libro de Aristóteles, dice Santo Tomás que la señal de que se ha alcanzado una virtud es la alegría. El acto virtuoso es el acto perfecto, es decir, al que no hay nada que añadirle, ni nada que quitarle. Consistiendo la humildad en mantenerse cada uno en el sitio que le corresponde, cuando uno se mantiene en su sitio lo percibe como algo perfecto. Esto produce alegría, y desarrolla una sensibilidad que permite detectar dónde está el medio en otras situaciones similares. La repetición de actos perfectos en las diferentes situaciones es lo que construye la virtud: mantenerse en su sitio siempre con facilidad y alegría.

Un cordial saludo.

(1) Sententia Ethic., lib. 2 l. 2 n. 5 Et cum sermo moralium etiam in universalibus sit incertus et variabilis, adhuc magis incertus est si quis velit ulterius descendere tradendo doctrinam de singulis in speciali. Hoc enim non cadit neque sub arte, neque sub aliqua narratione, quia casus singularium operabilium variantur infinitis modis. Unde iudicium de singulis relinquitur prudentiae uniuscuiusque, et hoc est quod subdit, quod oportet ipsos operantes per suam prudentiam intendere ad considerandum ea quae

convenit agere secundum praesens tempus, consideratis omnibus particularibus circumstantiis; sicut oportet medicum facere in medicando, et gubernatorem in regimine navis. Quamvis autem hic sermo sit talis, id est in universali incertus, in particulari autem inenarrabilis, tamen attentare debemus, ut aliquod auxilium super hoc hominibus conferamus, per quod scilicet dirigantur in suis operibus.

**Rafael Quijano Álvarez respondió el 10 de Enero de 2009:**

En lo referente a la humildad considerada desde el punto de vista de la Teología, personalmente siempre tuve dudas de que la humildad fuera una virtud humana. No veía que sentido tiene hablar de humildad en la vida civil. Humanamente ser humilde es una desgracia. En la Suma Teológica Santo Tomás soluciona mis dudas. Responde a la cuestión de por qué Aristóteles no habla de la humildad en los diez libros de la Ética:

“A la quinta objeción hay que decir que el Filósofo se proponía tratar de las virtudes en cuanto que se ordenan a la vida civil. En ella la sujeción de un hombre a otro se determina según el orden de la ley, y por eso (la humildad) se contiene bajo la justicia legal. Pero la humildad, en cuanto que es una virtud especial, mira primero a la sujeción del hombre a Dios. Por ella se sujeta también a otros hombres humillándose.” (1).

Humanamente la humildad pertenece a la justicia legal, porque se trata de la sujeción de unos hombres a otros, no de la sujeción del hombre a Dios. No es una virtud especial. Esta sujeción la determina la ley. Teológicamente es una virtud especial por la que el hombre se sujeta a Dios y, por esta sujeción, también a otros hombres, humillándose.

Para conseguir la humildad filosóficamente, el camino es conocer a qué hombres debe uno sujetarse según la ley, y practicarlo. Teológicamente hay dos caminos, que hacen más sencillo y eficaz convertir la “línea tenue” en algo que adquiere “cuerpo” en el alma:

“A la segunda objeción hay que decir que el hombre llega a la humildad por dos caminos. El primero y principal, por el don de la gracia. Y en cuanto a esto, lo interior precede a lo exterior. El segundo es el estudio humano, por el que el hombre cohibe antes lo exterior, y después consigue extirpar la raíz interior.” (2).

Hay que tener en cuenta que las virtudes cristianas son infusas. Mientras que sin fe, las virtudes es necesario adquirirlas, el cristiano lo que tiene que hacer es aplicarlas. Al aumentar la caridad, por la esperanza, aumentan las demás virtudes, sobre todo la humildad. Una vez que, por la gracia, el hombre se sujeta a Dios, se sujeta también a otros hombres, no solo según la ley, sino por amor a Dios. Esto no tiene sentido en Filosofía.

Un cordial saludo.

-----  
(1) II-II, q. 161 a. 1 ad 5 Ad quintum dicendum quod philosophus intendebat agere de virtutibus secundum quod ordinantur ad vitam civilem, in qua subiectio unius hominis ad alterum secundum legis ordinem determinatur, et ideo continetur sub iustitia legali. Humilitas autem, secundum quod est specialis virtus, praecipue respicit subiectionem hominis ad Deum, propter quem etiam aliis humiliando se subiicit.

(2) II-II, q. 161 a. 6 ad 2 Ad secundum dicendum quod homo ad humilitatem pervenit per duo. Primo quidem et principaliter, per gratiae donum. Et quantum ad hoc, interiora praecedunt exteriora. Aliud autem est humanum studium, per quod homo prius exteriora cohibet, et postmodum pertingit ad extirpandum interiorem radicem. Et secundum hunc ordinem assignantur hic humilitatis gradus.

**Alejandro Clause respondió el 12 de Enero de 2009:**

Me pareció muy interesante el tratamiento del problema de la "línea tenue" que ofreció Rafael. Ya que nos han dado una prórroga para seguir masticando el hueso, voy a aventurar unos pensamientos respecto a este tema. Mi ánimo en esto es mostrar al foro cómo ve este problema un lego, que puede servir a los que se dedican a la docencia para ensayar formas de enseñar sobre este tema.

En la línea de pensamiento que mencionó Hug, me parece que una guía fundamental para definir bien la línea es la caridad. Y como apuntó Rafael, el ordenamiento entre medios y fines (o sea la prudencia) es la otra virtud que debe involucrarse.

Sin embargo, para mí, muchas veces se percibe una línea tenue entre la confianza en sí mismo y la arrogancia. Lo que me resulta interesante desde un punto de vista "científico" (en el sentido de curiosidad por lo que se da en la realidad) es que no debería ser así, ya que la sola mención de ambas hace que uno se sienta atracción por la primera y rechazo por la segunda. Por eso, el problema (al menos desde el punto de vista práctico) me parece que es importante.

Ahora bien, aun admitiendo que ambas cosas son diferentes ¿por qué algunos perciben una línea tenue? Al menos pongámoslo así (para que no parezca un pseudo-problema): ¿por qué se equivoca Mr. Welch? (no "en qué" -que es lo que analizaron Hug y Rafael- sino "por qué"). Reconociendo que nadie hace el mal porque sí (creo que fue Sócrates el primero en plantearlo así ¿no?), se me ocurre que quizás lo de la línea tenue es lo que en muchos casos hace que la gente sea arrogante. Es decir, no puede haber alguien que diga "soy arrogante porque me parece bueno serlo". En mi experiencia me he encontrado muchas veces que la gente cae en actitudes de soberbia porque se siente insegura. La solución entonces suele ser ayudarlo a entender esto, para que encuentren los medios correctos para alcanzar seguridad en donde se puede (i.e. con prudencia), y darse cuenta que el control absoluto de todo es imposible y por lo tanto uno debe aprender a practicar la sana resignación (lo que vulgarmente se dice ser un buen perdedor).

### **Rafael Quijano Álvarez respondió el 13 de Enero de 2009:**

Estimado D. Alejandro. Ciertamente en mis dos mensajes anteriores no respondí a la cuestión que usted planteaba. Pero me centró usted un balón tan certero que no pude evitar la tentación de rematar a gol. Me alegro, porque en su último mensaje detalla más cuál es el problema "¿por qué se equivoca Mr. Welch?". Y aprovechando este tiempo de prórroga, le expongo mi opinión.

En general, creo que Mr. Welch se equivoca porque el nivel de análisis del ser humano en la Antropología moderna es muy elemental, comparándolo con el de Aristóteles (o, mejor, de Santo Tomás). Según el comentario de Santo Tomás, Aristóteles centra la Ética en la 'virtus', la capacidad operativa del ser humano que le conduce a su perfección, a la felicidad. Pero esta 'virtus' se compone de una multitud de virtudes y "virtuditas" que el hombre debe poner en práctica por separado. La perfección requiere ponerlas en práctica todas, y de manera inteligente. Por eso distingue entre la virtud y la inclinación natural. Un hombre que por naturaleza es honrado no tiene la virtud de la honradez. Se trata del desarrollo del espíritu.

Welch explica por qué es tenue la línea que separa la confianza en sí mismo de la arrogancia, porque "el éxito a menudo alimenta a ambas". Aquí hay un fallo en el análisis. El éxito alimenta la confianza en sí mismo, pero no la arrogancia. Esta viene de otro lado. Procede de que las ideas son perfectas, y se moderan contrastándolas con la realidad. Si pensamos en una casa, será una casa perfecta; pero habrá que ver si tiene o no tiene goteras. Todos los hombres tenemos una idea perfecta de nosotros mismos. Esta idea perfecta la modera el conocimiento de la realidad, el conocimiento de uno mismo. Dependiendo de la idea que tenemos de nosotros así tratamos a los demás, con arrogancia, o con modestia.

Como usted bien dice, suele suceder que las personas que caen en la arrogancia es porque se sienten inseguras. El éxito, por su propia dinámica, lleva a la seguridad en sí mismo y también a la modestia, pues no es fácil hacer las cosas bien, y esta dificultad modera la arrogancia. Por eso es muy probable que los que caen en la arrogancia solo tengan éxitos aparentes, o imaginados por ellos mismos. Estoy de acuerdo con usted en que hay que aprender a ser buen perdedor: darse cuenta de que el éxito, para que sea real, requiere muchos fracasos previos. Discrepo, en cambio, con usted y con Sócrates, en que nadie hace el mal porque sí. Hay quien opina que la maldad también existe. La confianza en sí mismo se adquiere haciendo las cosas bien. La arrogancia se evita practicando la modestia.

Un cordial saludo.

## **QUAESTIO**

### **Klaus Peter Droste Ausborn escribió el 15 de Diciembre de 2008:**

1. Distinguidísimos, les saludo a cada uno cordialmente desde Chile. Veo que ya se han propuesto algunas cuestiones. Propongo la siguiente además. Dice San Gregorio, en el libro XXXIII de la Moral (C.17) que la "hinchazón de la mente es un obstáculo para la verdad, porque el engreírse ciega" y afirma en el mismo libro (C.17) que "Los soberbios perciben ciertos misterios mediante el entendimiento y no pueden experimentar su dulzura; y si saben cómo son, ignoran qué sabor tienen". Luego, ¿Es posible el conocimiento metafísico (la sabiduría) en el soberbio?

## **RESPONSIONES**

### **Hug Banyeres Baltasa respondió el 15 de Diciembre de 2008:**

Agradeciendo el cordial saludo del Dr. Klaus Peter. Al parecer San Gregorio confirma mi opinión acerca



de que el soberbio es más bien un ignorante. En cuanto a la cuestión que plantea, la respuesta posible la sugiere el propio San Gregorio: es posible que el soberbio conozca materialmente, por así decirlo, la metafísica, pero sin digerir, ni siquiera en el primer paso de la digestión, la salivación. Por tanto se sigue mala asimilación, puede saber metafísica, pero no es metafísico. El "dixit insipiens in corde suo non est Deus" seguramente va por aquí. Un cordial saludo en Sto. Tomás. Dr. Hug

**Sebastian Cardona Velez respondió el 31 de Diciembre de 2008:**

Yo pongo un ejemplo para responder esto (aunque no filosófico) cuando tenemos un dolor o enfermedad gutural, todos los alimentos (por buenos que sean) saben amargos o, en algunas ocasiones a nada. Lo mismo le sucede al soberbio: su soberbia lo ciega y no le deja ver o sentir las gracias que Dios ofrece en la vida diaria. La soberbia es esa enfermedad que evita saborear las gracias divinas. Felices fiestas.

**Mario Caponnetto respondió el 1 de Enero de 2009:**

Queridos amigos: Imposibilitado de intervenir por una molesta enfermedad pulmonar no quiero, sin embargo, dejar pasar la ocasión de enviarles un cordial saludo de Navidad y Año Nuevo. Un abrazo a todos en el Señor, la Virgen y fray Tomás.  
Mario

**Jorge Andregnette respondió el 8 de Enero de 2009:**

Si partimos de la base, -tomando lo que con tanta precisión nos expresa San Gregorio en su libro, -esa "hinchazón de la mente" inhibe totalmente la posibilidad de acceder a la sabiduría. No otra cosa vemos en la actualidad, donde, revestidos con una supuesta "ciencia", muchos engreídos y "suficientes" pretenden hablar de todo con "autoridad", aunque no comprobamos otra cosa que un vacío dramático en lo que respecta a sabiduría verdadera. Lo estamos viendo, como digo, en prensa, en radio, en televisión, en palabras de dirigentes políticos, etc. La soberbia es más común de lo que pensamos, en estos tiempos que corren, y por eso es que se rechaza la verdadera sabiduría. Lo que podemos esperar de una situación de tal naturaleza es bastante pobre, ya que ese engreimiento, que produce la "ceguera intelectual para la verdad" hace imposible que esta resplandezca. Y por tanto, andamos a tientas, pues si la "veritatis splendor" no aparece en el horizonte, no otra cosa que frutos mediocres podemos cosechar. Saludos a todos.

**Hug Banyeres Baltasa respondió el 9 de Enero de 2009:**

Estimado Jorge: Al igual que nunca podemos poseer plenamente la virtud, tampoco es posible poseer plenamente sus opuestos. Desde mi modesto rincón, pobre en todo aunque sea por ancianidad, creo que no se ha de interpretar a San Gregorio con absoluta rigidez. Si el soberbio fuese absolutamente soberbio, me parece entender que no podría pedir ni un café en el bar. Hasta en la soberbia se es mediocre, creo, incluso por la propia soberbia. Por ello creo que el soberbio no está siempre privado de las mociones y gracias actuales que le abran camino hacia la humildad, que como dice nuestra Santa Teresa, es la verdad, que convierte con la bondad. Nadie puede vivir sin verdades de fundamento y por tanto bondades fundamentales. Pero como bibliotecario, veo que se escribe demasiado con pretensiones de originalidad, introduciendo matices y hermeneuticas a la sencillez de los mandamientos y del mandamiento nuevo del Señor. Entonces tiene usted razón, porque así la verdad, que siempre es una y buena y bella, no puede resplandecer, por exceso de ruido. Ruido es ver demasiadas cosas, oír demasiadas cosas, sentir demasiadas cosas, hablar demasiado sobre demasiadas cosas. El demasiado es exceso en la cantidad. Se nos quiere hacer obesos en información, en actos de ocio, en aparentes progresos materiales a intelectuales... El hombre obeso es peor que el hinchado. Este sólo puede ser pedante, ventosear; pero el obeso se ha de someter a dieta. Y usted sabiamente sugiere esta dieta en prensa, en radio, en televisión, en palabras de dirigentes políticos, etc. Es un grave problema, porque la función adquisitiva del entendimiento no puede dar abasto si no ejerce la templanza; entonces esta función se simula que la función reproductiva la ejerce bien, y este es el espacio más abonado para la soberbia; pero todo este trabajo condiciona e impide la auténtica función creativa, cuya meta principal es la consecución del propio fin y por tanto bien, a base de no vivir ningún día realizando rutinas, sino

siempre aportando la originalidad que sea posible, realizando al hombre nuevo, lo cual es muy difícil para muchos en las condiciones que usted mismo señala. Sólo nos queda orar, porque sólo ante el Señor dejamos de estar globalizados, pues Él es quien nos tiene en cuenta uno a uno, con divino respeto ante la propia persona. Un cordial saludo en fray Tomás. Hug

**Jorge Andregnette respondió el 12 de Enero de 2009:**

Estimado Hug; Gracias por su mensaje, es verdaderamente lo que Ud. dice. La templanza debe imponerse. De ella puede surgir el hombre nuevo. Oremos, la eficacia de la oración nunca nos defraudará en nuestras aspiraciones a lo elevado. Un saludo en Fray Tomás. Jorge

## QUAESTIO

**Enrique Martínez escribió el 7 de Enero de 2009:**

Aviso: El moderador, Prof. Klaus Droste, me ha pedido que comunique que por causas laborales le ha sido imposible por ahora concluir el foro de e-aquinas dedicado a la soberbia. Ello le será posible la semana próxima. Aplazamos, pues, el final de esta "disputatio" unos días, a la espera de la "determinatio" del Prof. Droste.

Aprovecho para desear a todos un feliz año, en el que Cristo, que nos ha nacido y se nos ha manifestado, nos bendiga con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Un cordial saludo,

Enrique Martínez, Director

## QUAESTIO

**Klaus Droste Ausborn escribió el 14 de Enero de 2009:**

QUAESTIO: De la soberbia (DETERMINATIO)

Por Klaus Droste

### I – PROPEDEÚTICA A LA SOBERBIA

#### 1. Configuración y desfiguración del acto de fortaleza

No es posible comprender hondamente la configuración interna de la soberbia y su progresivo dominio interior sin considerar los elementos que van disponiendo el corazón a ella. Para aproximarse es necesario aludir a la fortaleza y sus posibles desordenes. Así pues, en el contexto de esa consideración, es posible distinguir claramente entre la confianza en sí mismo y la soberbia.

La fortaleza es un hábito que ordena el apetito irascible del hombre de manera tal que este puede libremente no sucumbir ante las amenazas que buscan apartarle del bien que debe ser obrado. Que la fortaleza habitúe a no sucumbir ante las amenazas significa que consiste en atacar y resistir. Esto requiere, por una parte, preparar el ánimo y, por otra, ejecutar el propósito. Mientras éste se lleva a cabo, el individuo se ve en la necesidad de resistir las dificultades, incluyendo el paso del tiempo y demás obstáculos (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.126).

En la preparación del ánimo, es necesario acatar los mandatos de la razón de modo que no se exceda ni falte preparación. Esto pone en juego una virtud, parte integral de la fortaleza, que se llama magnanimidad, la cual anima a aspirar a lo más alto. La magnanimidad se puede desvirtuar por defecto, dando origen a la pusilanimidad, por la que el hombre, viciosamente, se siente incapaz de realizar lo que está a su alcance y lo rechaza, aunque sea proporcionado a sus posibilidades (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.133, a.1 in c.).

Por otra parte, se encuentra el desequilibrio del ánimo por exceso, que se aprecia cuando se pretende alcanzar más de lo objetivamente posible por la propia capacidad. Esto es la presunción (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.130) También se puede desear conseguir más honor del necesario, lo cual constituye la ambición (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.131).

“La magnanimidad implica una tendencia del ánimo hacia cosas grandes” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.1 in c.), por lo tanto, el magnánimo se encuentra en tensión hacia lo espléndido. Lo grande puede ser, de modo relativo, el uso óptimo de algo sencillo y pequeño, como llamar grande al pintor que es capaz de realizar una obra magnífica con medios pobres. Pero algo puede ser grande también de modo absoluto, como utilizar algo óptimo de manera perfecta.

El honor, por ejemplo, es algo óptimo. De las cosas exteriores al hombre es lo más grande y lo que el ser humano busca más que cualquier otra cosa. Por eso, cuando anhela, busca y utiliza el honor perfectamente se le llama magnánimo (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.1 in c.).

La magnanimidad se relaciona con el honor como su materia y con la realización de obras grandes como su fin (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.8 in c.). Esta virtud imprime una fuerza que permite no abusar del honor que se posee, buscarlo en la medida justa y no desalentarse ni entristecerse ante las deshonras inmerecidas pacientemente (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.2 ad.3). El magnánimo es agradecido y se sumerge sólo en las obras más grandes que puede hacer, por sencillas y ocultas que sean. No afirma de sí defectos que no tiene ni niega cualidades que posee. Es capaz de disimular todo lo espléndido que es ante quienes no son tan grandes como él; y por consideración a ellos, evita toda adulación e hipocresía. Convive y gusta de la compañía de los grandes y de los pequeños hombres y siempre antepone el bien honesto al bien útil, realzando la importancia de lo honesto (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.3 ad.5). Se muestra pronto a hacer el bien, a repartir lo propio y a devolver más. Asimismo, intenta no quejarse. No esconde la verdad, que siempre es más grande para él que la opinión, y por eso no le preocupa ser alabado (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.132, a.2 ad.1). No aprecia excesivamente los bienes ni los males exteriores (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.4 ad.2). No considera tales bienes tan significativos como para realizar algo indebido por ellos, únicamente le parecen útiles para hacer el bien (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.7 ad.2), apreciándolos justamente: “ni se enorgullece mucho si los tiene, ni se abate mucho si los pierde” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.7 ad.3). Se expone con prontitud a los peligros por las causas grandes y nobles (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.5 ad.2). No sufre inquietudes innecesarias, porque confía en lo que debe confiar (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.47, a.9 ad.3). Todo esto quiere decir que vive una vida intensamente humana, teniendo como horizonte de sus actos el bien de la persona y su felicidad.

En sus movimientos, actúa sin premura desordenada, se le aprecia lento y concentrado porque atiende a pocas cosas que son las más importantes. En las conversaciones sólo interviene, sin ánimo de discutir, para aclarar los temas relevantes (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.3 ad.3). Este hábito hace tender a las obras perfectas de virtud (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.3 ad.4).

Al adquirir la magnanimidad, el hombre adquiere confianza en sí mismo, por cuanto modera los temores fortaleciendo su esperanza y seguridad en sí mismo (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.129, a.7 in c.), alejando la desesperación indebida.

## **2. La vanidad como antesala de la soberbia**

Sin embargo, tal como la magnanimidad implica una justa aplicación de la razón en relación al honor y la grandeza, existe también un desorden posible del ánimo por exceso en la búsqueda de las alabanzas, preámbulo de la soberbia, llamado vanagloria o vanidad.

El reconocimiento y aprobación del propio bien y el deseo de gloria, de suyo no son un vicio y es propio de la magnanimidad el orden en estas materias. No obstante, la gloria, que es un bien, puede resultar vana por tres razones: primero, si se busca donde no existe o en lo que no es digno de ella por ser efímero; segundo, si el juicio de quien se espera la gloria no es cierto; y tercero, si quien la recibe no es capaz de referirla al fin debido (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.132, a.1 in c.). La gloria es un efecto del honor y la alabanza que se tributan, cuyo deseo también es moderado por la magnanimidad. La ausencia de esta virtud empuja al hombre a la vanidad, que es el deseo desordenado de recibir alabanzas.

Existen dos conocimientos esenciales para la perfección del hombre: el conocimiento de sí mismo y el conocimiento del fin último. Todo otro conocimiento constituye una perfección accidental, dentro de los cuales se encuentra el deseo de ser conocido por los demás. El vanidoso pone como fin de su vida el ser conocido y admirado por otros, de modo que transforma una perfección relativa en una perfección absoluta. Esto es fuente

de caos para la adecuada conducción de la vida personal (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.132).

Debido a este defecto, el hombre se vuelve presuntuoso y excesivamente confiado y se predispone poco a poco a perder los bienes interiores (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.132, a.3 ad.3). Finalmente, termina por caer en la soberbia, que implica odio a la Verdad y al Bien.

### **1.1. Desórdenes manifestativos de la vanidad**

La vanidad pone a su servicio una serie de desórdenes en vistas a conseguir su fin, que es la manifestación y reconocimiento de la propia excelencia. A ella se puede tender de modo directo o indirecto.

De modo directo, la excelencia propia se manifiesta mediante las palabras, como cuando se habla de los méritos personales sin que nadie pregunte, haciendo alarde expresa o sutilmente de la grandeza que se posee, lo cual da lugar a la jactancia. Ésta impulsa a hablar demasiado de sí mismo. Si los hechos relatados y comentados son ciertos, surge el afán de novedad, el cual se refiere a hechos insólitos o poco comunes que las personas tienden a admirar. También alude al aumento desordenado de la propia singularidad a través de diversos medios para obtener elogios o parecer más excelente, santo y bueno que los demás. Cuando los relatos son falsos, ya sea en su totalidad o en parte, se habla de hipocresía, mediante la cual se intenta conseguir la alabanza (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.38, a.2 in c.).

Indirectamente, se tiende a la vanidad, en primer lugar, por la inteligencia, en la medida en que un hombre no quiere parecer inferior a otro. Esto impide a la persona apreciar las opiniones de aquéllos que son mejores y se aferra a las propias, lo cual se llama pertinacia o porfía. Además, no desea ceder a la voluntad de otros para no pasar por inferior, dando paso entonces a la discordia (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.38, a.2 in c.).

Otra forma de buscar la admiración con desorden a través del diálogo ocurre cuando, azuzado por la pertinacia, se discute a gritos, lo que da provoca la contienda, que constituye un modo de conversar muy característico del vanidoso. Por último, a través de sus actos el vanidoso pretende revelarse más excelente por la desobediencia, que no le permite cumplir el mandato del superior (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.132, a.5 in c.).

La discordia y las disputas no son desórdenes que se deban precisamente a la ira; ella las causa en la medida en que la vanidad se le adjunta. Como lo expresa Santo Tomás: “la ira no es causa de discordia y disputas si no va acompañada de vanagloria, es decir, cuando uno se cree tan famoso que no cede a la voluntad o palabras de otros” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q. 132. a.5 ad.2).

La vanidad es un obstáculo para la amistad, porque “hace jirones la caridad” (SAN JUAN CRISÓSTOMO, La vanidad y la educación de los hijos, n. 1) y es un verdadero incendio en el interior del hombre que destruye todo bien posible. Por vanidad se pueden hacer obras de bien, pero que están viciadas en su raíz (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.132, a.5 ad.3).

### **1.2. La vanidad como impedimento al diálogo fecundo**

Lo mismo ocurre con el deseo de hallar la verdad en las conversaciones, que se ve completamente impedido por la vanidad, pues la pertinacia es contraria a la capacidad de mantenerse firme en su opinión si es necesario y de transarla cuando juzga otra como mejor. Se trata de un mal del cual el mismo San Agustín pedía verse libre y del cual afirma: “dos son los defectos, difícilmente tolerables, en el error de los mortales: la presunción antes de conocer la verdad y la testarudez en defender el error una vez demostrada la verdad” (SAN AGUSTÍN, De Trinitate, L.II, pref.1).

El pertinaz es obstinado en mantener y defender su punto de vista, ya que busca la victoria y no la verdad de las cosas. Sus ideas son fijas (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.138, a.2 in c) y persevera en su opinión más de lo conveniente porque quiere dar a conocer así la propia excelencia (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.138, a.2 ad.1). Encuentra su deleite en esa inmovilidad y, por lo mismo, persiste irracionalmente contra bastantes dificultades (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.138, a.2 ad.2), a pesar de los buenos argumentos. Y como no puede tolerar la derrota, debido a su misma falta de fortaleza, por un descontrol de la ira resulta con frecuencia que, frente a otro pertinaz, la discusión se resuelve a gritos, disolviendo el encuentro sin ninguna conclusión.

La conversación necesaria para el cultivo de la amistad no es posible cuando hay vanidad, ya que no existe verdadera apertura a acoger lo que el otro quiere comunicar, pues no hay amor a la verdad sino un apego a la mentira y las imágenes, alimentando secretamente la envidia, la pereza y la ira.

## II. HACIA LA SOBERBIA HUMANA

La vanidad engendra acidia, envidia e ira y se vincula íntimamente al fenómeno del resentimiento. Ocurre que estos desórdenes aluden también, de alguna manera, al odio, el cual no sólo se siente, sino al que se puede consentir consolidándolo en el corazón humano. Por un sutil movimiento desordenado de ser excelente, puede desear el hombre aumentar más esa realidad de la propia excelencia. Para ello debe conseguir bienes. Si el deseo de propia excelencia es desordenado, la búsqueda de los bienes también lo será. Y cuando los bienes se buscan con desorden nos encontramos con la avaricia. La avaricia posibilita a la persona consolidar la vanidad, a partir de la cual puede ascender a la soberbia, y desde ahí acabar en lo opuesto al bien humano: el odio.

El odio es lo más contrario al bien humano, pero se llega a él después de un paulatino recorrido que supone la progresiva destrucción del orden natural humano. Así lo expresa Santo Tomás de Aquino: “Ahora bien, el pecado va contra la naturaleza del hombre en cuanto animal racional; por otra parte, cuando se actúa contra la naturaleza se va corrompiendo lo que le pertenece, porque lo primero en la construcción es lo último en el derribo. Pues bien, lo primero y más natural en el hombre es amar el bien divino y el bien del prójimo. De ahí que el odio, que se opone a ese bien, no es lo primero en la destrucción de la virtud causada por los vicios, sino lo último” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.34, a.5 in c.).

A pesar de que desde la avaricia se llegue a la vanidad y de ella a la soberbia, ésta última, también, puede dar como fruto inmediato la vanidad (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.132, a.4 in c.).

Claramente, el ascenso por la avaricia a la vanidad y luego a la soberbia no es más que una apariencia, pues se trata en realidad de un descenso radical y profundo. Luego, cuanto más se avance en esa línea tanto más hundido se hallará al hombre.

Como resultado de la avaricia, surge un corazón duro replegado sobre sí mismo, y una intranquilidad interior que impide atender a la realidad de las cosas y a las verdaderas necesidades humanas debido a una constante preocupación sobre el futuro y a una incapacidad de centrarse en el presente, gozando bien de lo que se posee, además de una tendencia a la insatisfacción, al temor y a la desconfianza, a la mentira y al engaño si el deseo de adquirir bienes es muy impetuoso (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.118).

### 1. Aproximación general a la soberbia

Para conocer adecuadamente el orden que corresponde a la vida humana, resulta útil, en consecuencia, estudiar brevemente el desorden de la soberbia y su impacto destructor en la vida del hombre.

La soberbia es un desorden que se manifiesta en la aspiración voluntaria del hombre a algo que escapa a sus posibilidades (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.1 in c), que no es proporcionado a la recta razón, por lo cual se aparta de ella, siendo presuntuoso. Además, le incita a aparentar más de lo que él es y a menospreciarse. De este modo, es un vicio que se opone a la magnanimidad, ya que desea las cosas grandes desordenadamente (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.1 ad.3). Lo formal en ella es el anhelo desordenado de la propia excelencia. Y así como la vanidad puede llevar a ella, todos los vicios pueden tenerla por reina y madre, difundiéndose sobre cada uno. Otros desórdenes pueden tener su origen en la soberbia directamente, en la medida en que apunten también al fin de ésta, la propia excelencia. Indirectamente, ella es causa de los demás vicios porque, alentado por ella, el hombre desprecia todo lo que le impide hacer lo que quiere (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.2 in c).

El sujeto de este defecto es el apetito irascible, puesto que su objeto -la propia excelencia- constituye un bien arduo. Sin embargo, hay que considerar que “lo irascible” posee también una acepción espiritual y, en este sentido, la soberbia también forma parte de los desórdenes de la voluntad (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.3 in c.).

El soberbio se ensoberbece incluso por la virtud que pueda poseer (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.162, a.2 ad.3). Falla en él un principio intrínseco fundamental para acceder a un conocimiento

profundo y verdadero de las cosas, pues no se digna a aprender de otro (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.162, a.3 ad.1). Al deleitarse únicamente en su propia excelencia, siente fastidio de la Verdad, que es más brillante que él; le desagrada el sabor de las cosas verdaderas que le obligan a olvidarse de sí mismo. Está constantemente buscando superar a los demás (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.162, a.3 ad.4) para ser considerado el más perfecto. Este vicio supone siempre la posesión de un bien del cual el hombre se sirve para enaltecerse más de la cuenta.

En consecuencia, la soberbia humana mermar la capacidad y disposición de dar y se mueve solamente en pos de un espíritu de conquista y dominio.

## **2. Especies de soberbia**

La soberbia puede darse bajo cuatro especies. En primer lugar, según la consideración de lo poseído. Si el bien que se posee es muy excelente, brinda mayor ocasión para ensoberbecerse, por lo cual atribuirse un bien que no se posee aprovechando la excelencia que brinda da origen a la primera especificación de la soberbia. Por otra parte, puesto que es más excelente poseer un bien por mérito propio, constituye otra forma del mismo desorden afirmar que lo poseído gracias a otro, se posee por sí mismo. Otra especie se configura al considerar un bien que se ha recibido inmerecidamente como fruto de los méritos personales, en otras palabras, la soberbia no acepta bienes gratuitos. Un cuarto y último tipo de soberbia se manifiesta en un desprecio de los demás por el deseo de acaparar la atención de todos.

Así lo afirma Santo Tomás de Aquino: “Hay que tener en cuenta que cualquier excelencia procede de algún bien realmente poseído, lo cual puede ser considerado de un triple modo. Primeramente, visto en sí mismo, ya que es claro que, cuanto mayor es el bien que alguien posee, tanto mayor excelencia se consigue mediante él. Por eso, cuando alguien se atribuye a sí mismo un bien que no posee, es claro que su apetito tiende a conseguir una excelencia propia más allá de las normas de la prudencia, y así, tenemos la tercera especie de soberbia: cuando uno se jacta de poseer lo que no posee. En segundo lugar, visto desde la causa, en cuanto es más excelente poseer un bien por sí mismo que recibirlo de otro. Por ello, cuando uno considera un bien recibido de otro como si lo poseyera por sí mismo, su apetito se exalta hasta desear su propia excelencia por encima de lo que corresponde. Uno puede ser la causa de un bien de dos modos: eficiente y meritorio. Conforme a esto, se toman las dos especies de soberbia, a saber: creer que se tiene por sí mismo lo que es recibido de Dios o creer que le ha sido dado de arriba por sus propios méritos. En tercer lugar, por el modo de poseerlo, en cuanto que uno se hace más excelente por el hecho de poseer un bien mejor que los demás. También de este modo puede buscar el apetito desordenadamente su propia excelencia, lo cual da lugar a la cuarta especie de soberbia, que tiene lugar cuando uno, despreciando a los demás, desea que todos lo miren” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.162, a.4 in c.).

## **3. Las hijas de la soberbia**

Todas las especies pueden expresarse en la vida cotidiana del soberbio. Aun cuando el vicio no se encuentre fuertemente arraigado, se dan actos desordenados vinculados a la soberbia. Comenzando por la visión, la soberbia lleva al individuo a caer en la curiosidad, cayendo en la dispersión fácilmente; puesto que sólo está enfocado en sí mismo, dirige su atención a cualquier cosa que puede hacerle brillar más. En cuanto a las palabras, el soberbio tiende a hablar mucho y de cosas que no sabe o que son poco razonables. Generalmente utiliza un tono de voz fuerte, denotando altanería en el trato con otros. Asimismo, es propenso a la risa tonta, muy vinculada a la alegría necia. También es jactancioso, pues busca hablar de sí mismo aunque no se le pregunte, llevando las conversaciones a temas que le permitan revelar sus cualidades, aunque sea del modo más sutil y elegante. Con frecuencia la persona procura, además, apartarse de la regla común, mostrando constantemente su singularidad con el fin de captar la atención y ser reconocido o de aparentar ser más excelente de lo que es (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.113, a.2 ad.2).

Interiormente, debido a este vicio, la persona se prefiere a los demás, ya que se considera superior. Por eso, permanece especialmente atento a los defectos ajenos y encuentra dificultades en apreciar las virtudes y todos aquellos aspectos por los que otros puedan ser más perfectos que él, manifestando arrogancia.

La arrogancia es causa interna de la jactancia y, en ese sentido, la jactancia nace de la soberbia, a pesar de que también pueda deberse a la vanidad en la medida en que se orienta a la búsqueda de la gloria y del honor. Así lo constata el Aquinate: “La jactancia se incluye entre las especies de la soberbia en cuanto a su causa interna que es la arrogancia. Pero la misma jactancia externa, según se nos dice en IV Ethic., se ordena a veces al lucro, pero con más frecuencia a la gloria o al honor. Así nace de la vanagloria” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.132, a.5 ad.2).

La soberbia también lleva a la presunción, que consiste en considerarse capaz y digno de todo, incluso de lo más difícil. La soberbia impele con fuerza a defender los propios defectos, excusándose o dándole apariencias de virtud con incapacidad de aceptarlos como tales. El sujeto no confiesa con franqueza lo difícil que le resultan algunas tareas, deberes, situaciones o personas y rechaza los castigos por los errores que reconoce, por lo general, engañosamente. Existe una tendencia a la rebelión, como incapacidad de someterse a lo superior porque se resiste a reconocerlo como tal. De ahí que se tienda a gozar más de lo conveniente en hacer la propia voluntad y, por lo mismo, se acostumbra al desorden sin cuestionamientos (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.4 ad.4).

### **3. La soberbia, impedimento para la auténtica vida humana**

Este mal impide el orden natural de la vida humana, según el cual las personas se someten libremente unas a otras. Además, lleva al hombre a desafiar su propia conciencia, luz de la verdad que brilla interiormente, como norma de sus actos. Y, apartándose de esa primera norma, no se somete apropiadamente al bien que le trasciende (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.5 ad.2).

Así sucede que, debido al vuelco hacia la propia persona provocado por la soberbia, se llega al desprecio de un bien que puede ser infinito. A diferencia de otros desórdenes humanos en que se aparta de la verdad por ignorancia o debilidad, en la soberbia se la rechaza porque no quiere obedecerla. Por eso, lo que en otros vicios o defectos es accidental, como apartarse del respeto al bien ajeno por no resistir la atracción hacia él o ignorar invenciblemente que lo tomado pertenece a otro, en la soberbia es esencial, pues la persona se aparta voluntariamente debido a que odia lo que se juzga como norma suprema, y esto constituye su acto principal (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.6 in c.).

Ella es considerada la reina y madre de todos los desórdenes del hombre. Es reina en cuanto se transforma en la corona del ascenso que realiza el hombre desde la avaricia hasta la vanidad. Y madre por cuanto, apoderada del corazón del hombre, concibe, custodia y da a luz a todos los vicios capitales, que luego lo arrastran a todo género de maldades (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.162, a.8 in c.).

La soberbia busca irracionalmente la excelencia en sí, a diferencia de la vanagloria, que desea su manifestación. Y aunque no se identifican, la primera es causa, de alguna forma, de la segunda (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.162, a.8 ad.2). Se trata de un problema donde falta moderación, por lo que se vincula a la templanza cuya función es moderar. Sin embargo, dado que el problema recae en el apetito irascible, es susceptible de ser tratada dentro de las consideraciones sobre las materias relacionadas con la fortaleza.

Esta exagerada altivez es una alteración que se opone a la modestia del hombre, la cual impone moderación en aquellas materias que no tienen la vehemencia del deseo de los deleites que brindan la comida, la bebida y el placer venéreo, pero que igualmente requieren ponderación (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.160, a.1 ad.2). Esta virtud vela sobre el modo (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.160, a.2 in c.) en cuestiones más débiles que los deleites del tacto, que son cuatro: el movimiento del ánimo hacia alguna excelencia, el deseo de conocimientos, los movimientos corporales y la manera de vestir (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.160, a.2 in c.).

### **4. El odio como último y más destructor desorden en la vida humana**

El odio como afecto es el impulso de la potencia apetitiva que se mueve únicamente por la aprehensión de algo inconveniente (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.29, a.1 in c.). Como vicio -acto del apetito intelectual- lleva al hombre a apartarse en forma voluntaria del bien, directamente por el bien mismo. Es decir, se suscita aversión a la verdad en sí misma (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, 34, a.2 in c.).

El odio voluntario, por cuanto ancla en el movimiento de la voluntad, tiene un carácter muy íntimo y, cuanto más voluntario, tanto más íntimamente el hombre se aparta de lo que odia.

En la génesis de las pasiones, después del amor natural tiene lugar el odio a lo antinatural. A diferencia del afecto normal, el movimiento odioso de la voluntad contra lo que es connatural no puede ser lo primero, sino que acaece en último lugar. El odio voluntario hacia lo que es natural se sustenta en la corrupción consumada del orden. El odio al mal que contraría al bien natural es primero entre las pasiones del alma, lo mismo que el amor al bien natural. Pero el odio del bien connatural no puede ser primero, sino que es lo último, porque para

consentirlo es menester la corrupción interna de la naturaleza que el mismo odio testimonia (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, 34, a.5 ad.2).

Es decir, por la corrupción de la naturaleza se puede llegar a odiar un bien verdadero y connatural, el cual se considera un mal por esa misma corrupción. Tal como lo afirma el Santo doctor: "Pero hay también otro mal no verdadero, sino aparente. Se trata de un bien verdadero y connatural, que es considerado como mal a causa de la corrupción de la naturaleza. El odio de este mal es por necesidad el último y no el primero" (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, 34, a.5 ad.3).

El desorden en el apetito intelectual conlleva un proceso de corrupción que finaliza en el odio al verdadero bien del hombre. Por la tristeza que causa el bien del prójimo, producto de la vanidad instalada en el corazón, no sólo se siente el movimiento de odio hacia otro, sino que se consiente hundiéndose raíces en el corazón del hombre, lo cual hace imposible la amistad y la convivencia fecunda. Así, la envidia engendra el odio al semejante (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, 34, a.6 in c.), del cual se desprende luego el odio hacia la causa primera (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, 34, a.6 ad.2). Es decir, aun cuando la causa sea buena, y por lo tanto, no se la pueda odiar en sí misma, la persona puede odiarla al considerarla según sus efectos, los cuales son odiados debido a la envidia.

En consecuencia, a pesar de la dificultad para ser engendrado por el hombre, el odio constituye el final perverso posible de todas las cosas (I. Kant, *Das Ende aller Dinge: Werke IV*, W. Weischedel, ed. (1964), 190.). El odio es el fruto de la completa corrupción interior del hombre. Por la avaricia, fue conducido a la vanidad, lo cual eleva a la soberbia que la consolida, y así da fruto a la acidia, a la envidia y a la ira. Mas la ira que no cesa degenera en odio, que es el más destructor efecto del desorden interior irracional humano (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, 34, a.6 ad.3).

### **III. HÁBITO METAFÍSICO, BONDAD Y SOBERBIA**

#### **1. Bondad y sabiduría**

Todo conocimiento que no permita penetrar en aquello que es reflejo de la perfección divina no está a la altura del carácter propiamente tal de la inteligencia humana. No es digno de la inteligencia abandonar la especulación metafísica pues ella orienta indefectiblemente nuestra voluntad a lo más perfecto.

El fin de la inteligencia es conocer a Dios para amarle, y el fin del mundo material es ser conocido por la inteligencia humana para captar profundamente que Dios da el ser por su misma Bondad (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-I, q.65, a.2 in c.). Tal realidad comprendida hace exclamar a San Agustín: "¡Qué vergüenza amar las cosas porque son buenas y apegarse a ellas y no amar el Bien que las hace buenas!" (SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, L.VIII, 3,5).

Por tanto, el fin de todo cuanto existe es que el hombre alcance la verdad suprema y total, y desde ahí regule libremente su obrar para que se constituya propiamente como vida humana, en todas las dimensiones a las que se extiende. Así es como la sabiduría se configura como una perfección indispensable para la vida de los hombres que ordena su entendimiento desde lo más alto, tal como lo expresa el Angélico: "Es preciso considerar que en el hombre se dice sabiduría a cierto hábito que perfecciona nuestro entendimiento en el concimiento de las cosas más altas y éstas son las divinas." (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles*, L.IV, cáp.15).

Toda la cultura y la vida social y personal encuentran en este punto su luz y posibilidad de encuentro y diálogo interpersonal auténtico. Por eso, lo primero que concibe el entendimiento es el ente tomado desde el ser. Profundizando en el ente tomado desde el ser, el hombre constata que tal perfección es recibida y que no puede ser otorgada, en último término, sin caer en el absurdo, por quien no la posee de modo eminente ( Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De ente et essentia*, n.34), en cuanto acto puro.

Un conocimiento de esta naturaleza, es decir, respecto de Dios mismo, por imperfecto que sea, brinda mayor gozo al hombre que el conocimiento más perfecto de cualquier otro ser inferior a Dios. Así, pues, lo afirma el doctor angélico: "Sapientia igitur ad quam pertinet Dei cognitio, homini, maxime in statu huius vitae, non potest perfecte advenire, ut sit quasi eius possessio; sed hoc solius Dei est, ut dicitur in I Metaphys. Sed tamen illa modica cognitio quae per sapientiam de Deo haberi potest, omni alii cognitioni praefertur" (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.66, a.5 ad.3).



El hábito metafísico es al que invita San Agustín cuando dice: "acostúmbrese a descubrir vestigios de lo espiritual en el mundo corpóreo, para que, al iniciar la ascensión a las cumbres, guiado por la inteligencia, llegue hasta la misma verdad inconmutable, por la cual fueron hechas todas las cosas" (SAN AGUSTÍN, De Trinitate, L.XII, 5, 5).

Parece ser que, hasta un cierto punto, puede un hombre malo dedicarse a la metafísica obteniendo verdades, pero como el esfuerzo metafísico también tiene grados, y la metafísica misma tiene grados de profundidad, tal parece que los grados más altos de la metafísica únicamente son alcanzados por los hombres connaturalizados con el Bien, sobre todo en cuanto a la dimensión de invisceración del concepto que manifiesta su arraigo y compenetración con el cognoscente, su capacidad de juzgar y descubrir la verdad donde se encuentre.

Dice Aristóteles: "El hombre bueno, en efecto, juzga bien todas las cosas, y en todas ellas se le muestra la verdad. Pues, para cada modo de ser, hay cosas bellas y agradables, y, sin duda, en lo que más se distingue el hombre bueno es en ver la verdad en todas las cosas, siendo como el canon y la medida de ellas" (ARISTÓTELES, Ética Nicomaquea, L.III, cap.4).

Consideremos ahora dos cosas. Por una parte, recordemos cómo en la naturaleza se da un orden gradual continuo dentro del cual, lo sumo de lo inferior toca lo ínfimo de lo superior. Por otra parte, reflexionemos sobre otro texto de santo Tomás de Aquino en que dice lo siguiente: "Sabiduría se dice de dos maneras, según un doble modo de juzgar, habida cuenta que es propio de la sabiduría el juicio sobre las cosas. Pues ocurre que alguien juzga por modo de natural inclinación, así como quien tiene una virtud juzga rectamente acerca de lo que se debe obrar según aquella virtud, en cuanto está inclinado a aquellas cosas; por lo cual, en el libro X de la Ética, c. 5 y en el libro VIII, c. 4, se dice que el virtuoso es la medida de los actos humanos. De otro modo, se juzga por modo de conocimiento, cómo alguien instruido en la ciencia moral puede juzgar sobre los actos virtuosos aunque no tuviese la virtud. El primer modo de juzgar sobre lo divino corresponde a la sabiduría que es don del Espíritu Santo; el segundo modo pertenece a esta doctrina, según que se adquiere por estudio, aunque sus principios sean creídos por la Revelación" (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I, q.1, a.6 ad.3).

Ahora bien, la sabiduría propiamente tal es sobrenatural y es ella quien comunica e instruye cuando quiere, según se lee en la Sagrada Escritura. Esto significa que se trata estrictamente de un Don Divino, por el cual, en una relación de amistad, Dios mismo le confía al hombre sus secretos y le participa de su Verdad por connaturalidad. Tal parece que quien asciende especulativamente a tratar el Sumo Bien, en la cima de ese conocimiento natural, de alguna manera, obtiene un conocimiento que sólo puede conseguir un hombre bueno, connaturalizado ya, por la rectitud de su voluntad, con el fin verdadero que permite un profundo arraigo entitativo de lo conocido en él. Esto, porque al filosofar trata de la Bondad misma, que es conocida con propiedad, como cuando uno penetra en el interior del amigo, sólo porque el amigo revela sus secretos, conduciendo y disponiendo, cuando quiere, a lo más íntimo de él.

Esta bondad tiene su raíz más profunda en la humildad que modera en orden al Sumo Bien. San Agustín afirma que: "Rectos son estos querer y todos bien concretados si es bueno aquel al que todos se refieren; porque, si éste es vicioso, todos los demás son perversos. La conexión de rectos querer es vía para los que ascienden a la felicidad por pasos bien ordenados; al contrario, la confusión de voluntades no rectas es lazo que aprisiona al que mal obra, para ser luego arrojado a las tinieblas exteriores" (SAN AGUSTÍN, De Trinitate, L.XI, 7, 11).

Es interesante constatar que cuando un hombre sabio aconseja para adquirir la ciencia, estos consejos se refieren, en primer lugar, a una consideración del modo en que el hombre conoce, es decir, de lo compuesto a lo simple; en segundo lugar, que evite la curiosidad, la jactancia y la alegría tonta. En tercer lugar, que agrupe dos consejos que posibilitan el encuentro del hombre con la sindéresis primero y luego, por la fe, con el don de la sabiduría. En cuarto lugar, que invite a la amabilidad. Quinto, que vuelva sobre la curiosidad, asociada a situaciones que pueden llevar a la arrogancia interior. Sexto, alienta a buscar la amplitud penetrativa y no cuantitativa. En séptimo lugar, aconseja ser buenos y humildes imitando la bondad de otros. En octavo lugar, apoyado en la humildad para evitar la arrogancia, convida a cultivar la memoria. En noveno lugar, dos consejos que se suceden que impelen a buscar la nitidez de la comprensión de lo que se ofrece al entendimiento. Décimo, vuelve sobre la memoria, tanto intelectual como sensitiva, para colmarla y, finalmente, vuelve sobre la humildad que libra de la presunción y, más bien, alienta a esperar para recibir una posible comprensión futura de lo que ahora se oculta a la inteligencia ( Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, De modo studendi).

Entre estos consejos, se aprecian muchos de orden moral que disponen al hombre a conocer y que le incitan a mantener la rectitud de su voluntad, evitando la soberbia. Porque el gran obstáculo para la ciencia verdadera y

altísima es la soberbia, incluso en la cúspide de la cúspide del orden natural.

En otro pasaje de la Suma Teológica, cuando se habla de la soberbia, santo Tomás responde a una objeción de la siguiente manera: “El conocimiento de la verdad es doble. Uno es puramente especulativo, y éste es impedido por la soberbia al quitar la causa, dado que el soberbio no somete su entendimiento a Dios para conocer la verdad por Él, según se dice en M 11, 25: Escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, es decir, a los soberbios, que se creen sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños, es decir, a los humildes. Tampoco se digna aprender de los hombres, aunque se dice en Eclo 6, 34: Si inclinas el oído, oyendo con humildad, aprenderás la doctrina. En segundo lugar, existe otro conocimiento de la verdad, que es el afectivo. La soberbia lo impide directamente, ya que los soberbios, al deleitarse en su propia excelencia, sienten fastidio por la excelencia de la verdad. Así, dice San Gregorio en XXXIII Moral: Los soberbios perciben ciertos misterios mediante el entendimiento y no pueden experimentar su dulzura; y, si saben cómo son, ignoran qué sabor tienen. Por eso se dice en Prov 11, 2: Donde hay humildad, allí hay sabiduría (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.162, a.3 ad.1).

La rectitud de la voluntad es necesaria, tanto para ser movido por Dios mismo a conocer sus misterios, como para que todo el conocimiento que la razón especulativa por sí misma puede alcanzar de Dios se compenetre y sea causa de gozo, lo cual constituye una dimensión esencial del verdadero conocimiento.

Porque el verdadero conocimiento es el conocimiento amado. El verdadero sabio habla desde sus entrañas y transmite algo arraigado en él, comprometiendo hasta sus vísceras. Entre el sabio y la verdad se da una relación de auténtico amor, en la que se produce una mutua inhesión (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.28 a.2). La verdad en sentido pleno es un ser personal, al cual se llega por el amor que requiere humildad, garantizando la delectación del hombre que conoce y que desea penetrar cada vez más íntimamente en el amado.

No hay verdadero conocimiento si no se disfruta de su dulzura. La sabiduría es dulce y esto únicamente lo aprecia la humildad del sabio. De otro modo, el conocimiento es cadavérico, superficial y ajeno. Finalmente, cuando el hombre sabe, todo él sabe, todo él está en y con lo que sabe, su cuerpo, su alma, sus potencias todas, de manera tal que el conocimiento le estremece y le enciende cada vez más en el amor a la verdad.

Como el alma humana no puede penetrar por sí misma los misterios de la vida de la persona, debe encontrarse abierta a lo que otro le quiere comunicar. Si reflexiona con toda su capacidad natural acerca de lo divino, sólo lo hará con acierto y claridad cuando su voluntad sea recta, clara y justa respecto del Bien. De esta manera, el hombre que busca la verdad la encuentra en la medida en que la ama. Mas, puede verdaderamente amar en cuanto es un hombre bueno. Esa bondad es condición de semejanza para conocer lo semejante (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.2, a.4 ad.1).

Ese amor a la verdad expresa mejor su naturaleza sapiencial cuando asume ciertas normas fundamentales que orientan y sustentan su reflexión para asegurar su fecundidad. Estas reglas consisten en asumir que el camino del saber no tiene descanso, que ese camino no se recorre pensando que todo es fruto de una conquista personal y que es necesario reconocer la soberana trascendencia y providencia bondadosa del ser Personal per se, Dios.

En palabras de Juan Pablo II: “La razón debe respetar algunas reglas de fondo para expresar mejor su propia naturaleza. Una primera regla consiste en tener en cuenta el hecho de que el conocimiento del hombre es un camino que no tiene descanso; la segunda nace de la conciencia de que dicho camino no se puede recorrer con el orgullo de quien piense que todo es fruto de una conquista personal; una tercera se funda en el “temor de Dios”, del cual la razón debe reconocer a la vez su trascendencia soberana y su amor providente en el gobierno del mundo” (JUAN PABLO II, Fides et ratio, n.18).

Así, ocurre por lo mismo que los bienes poseídos por un alma ordenada a Dios alcanzan su máxima perfección, mas cuando son poseídos por una alma desordenada, sin transformarse en mal, se convierten en la tortura del hombre que neciamente los ha amado y sufre por el desorden que conlleva ese mal amor y el temor a la pérdida de los bienes que mal ama.

Por todo ello San Agustín puede afirmar lo siguiente: “Así, toda criatura corporal, cuando es poseída por alguien que ama a Dios, es un bien, aunque muy pequeño. Además, es un género, hermoso, porque lleva impresa una forma o especie. Por otra parte, cuando es amada por un alma que no ama a Dios, no se convierte en un mal, sino que, siendo un mal el pecado de amarla con desorden, se transforma en un suplicio para el amante, y lo deja esclavo de sus miserias, engañándolo con sus falsos deleites, que ni permanecen ni satisfacen, sino que

atormentan. En efecto, el tiempo pasa y sigue su curso admirable y la belleza deseada abandona a su amante, le tortura, sustrayéndose a sus sentidos, y le sume en el error, hasta el punto de que éste considerarla como belleza soberana a una hermosura de último orden, la de la naturaleza corpórea, que la carne ha contemplado perdiéndose en el recreo insano de los sentidos. Del mismo modo, quien tiene en la mente sólo la imagen de una cosa sensible, cree que la posee con claridad en el pensamiento, y en cambio se engaña con la sombra de sus imaginaciones” (SAN AGUSTÍN, De vera religione, XX, 39).

## 2. Sabiduría, templanza y soberbia

Por las virtudes intelectuales, se incoa de algún modo en el interior del hombre la felicidad, que consiste en el conocimiento de la Verdad (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.66, a.3 ad.1), Verdad conocida y que se manifiesta en las obras que el hombre realiza, como prolongación de sí mismo. El sabio profundizando cada vez más perfectamente en el conocimiento que le brinda la sindéresis, se adhiere libremente a la verdad eligiendo según ella, lo cual no es sino también elegir según él mismo y siendo ley para sí mismo. Por lo tanto, son estas virtudes las que llevan al hombre a moverse por conceptos y no por imágenes, permitiendo una posesión cada vez más íntima de sus actos.

Las virtudes intelectuales constituyen un altísimo bien para el hombre, le capacitan para gozar con la mayor plenitud posible, en el orden natural, de la contemplación de la verdad. Ahora bien, este bien consiste en una cierta medida o medio. El bien de la virtud intelectual es la verdad. La verdad absolutamente considerada, en el caso de la virtud especulativa, o la verdad en conformidad con el apetito recto, si se trata de una virtud intelectual práctica, como la prudencia.

En cuanto a la verdad especulativa, la inteligencia dice ser lo que es o no ser lo que no es, y se juzga lo verdadero en la medida en que coincide con la cosa conocida, que es la medida del conocimiento especulativo. Los extremos en ella serán, entonces, el defecto, por un lado, es decir, afirmar no ser lo que es, y, por otro, un exceso, que consiste en afirmar ser lo que no es.

Lo mismo ocurre con las verdades prácticas, que son medidas por las cosas prácticas conocidas, según son o no son. Al ser de orden práctico, se constituyen en la regla de los apetitos que deben ser por ella regulados y, por lo mismo, es el mismo medio el de las virtudes morales que el de la prudencia. Sin embargo, a la virtud intelectual pertenece el medio como mesurante o regulador y a la virtud moral como mesurada o regulada por la intelectual (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.64, a.3 in c.).

Ocurre lo mismo si se considera la comparación por parte del objeto de las virtudes, pues es más noble el objeto del que se ocupan las intelectuales que las morales, pues la primera entiende las razones universalmente. No obstante, relativamente, es decir en relación al acto, resulta que será más perfecta una virtud moral que una intelectual, según el ejemplo de Aristóteles que dice que, aunque es mejor filosofar que enriquecerse, puede resultar relativamente mejor, enriquecerse, si se trata de alguien que pasa necesidades (Cf. ARISTÓTELES, Ética Nicomaquea, L. I, c.10 n.10). En este caso, es más perfecta, según la situación, la justicia en quien debe compartir bienes materiales que la ciencia, a pesar que, absolutamente hablando, los hábitos intelectuales son más nobles por cuanto no se ordenan a lo útil (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.65, a.3 ad.1). Por otra parte, dado que a la virtud compete especialísimamente ser principio de algún acto bueno, conviene más la razón de virtud a la moral que a la intelectual (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.66, a.3 in c), por cuanto se dice que el hombre es absolutamente bueno por su rectitud moral, como dijimos.

Esta rectitud moral torna al hombre bueno en acto y recto en su obrar (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.56, a.3 in c). Por ejemplo, la justicia, junto con hacer al hombre pronto a la obra justa, también lo hace obrar justamente (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.56, a.3 in c). Es así como la virtud moral es mejor que la intelectual sólo de modo relativo.

Esto significa, de alguna manera, que no es condición para la virtud el uso vigoroso de la razón en todos los planos, sino especialmente en aquello que debe ser obrado con virtud. Hay que afirmar, entonces, que todo hombre virtuoso usa su razón, por rústico y simple que éste sea. Así lo expresa Santo Tomás de Aquino: “En el hombre virtuoso no es necesario que sea vigoroso el uso de la razón en todos los órdenes, sino tan sólo respecto de aquello que se ha de obrar virtuosamente. Y en este sentido el uso de la razón se da en todos los virtuosos. De ahí que también aquéllos que parecen simples, por carecer de astucia mundana, pueden ser prudentes, conforme a aquello de Mt 10, 16: sed prudentes como serpientes y simples como palomas” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.58, a.4 ad.2).

Los hábitos intelectuales no confieren el obrar rectamente, sino que posibilitan el buen obrar del hombre, pues que obre bien en acto se debe a que tiene buena voluntad. Por eso, aunque los hábitos intelectuales no son garantía de actos buenos, dado que el bien del entendimiento consiste en conocer la verdad, se llama virtud a los hábitos intelectuales porque disponen bien a la consecución de su fin, que en todo hombre es la búsqueda de la Sabiduría. Por ello puede afirmar el Angélico: “El bien de cada cosa es su propio fin. Por eso, como la verdad es el fin del entendimiento, conocer la verdad es el acto bueno del entendimiento. Por eso, el hábito que perfeccionan al entendimiento para conocer la verdad, tanto en el orden especulativo como en el orden práctico, se llama virtud” (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, I-II, q.56, a.3 ad.2).

### **3. El desorden del deseo de saber**

Para adquirir la sabiduría es necesario que el hombre venza la curiosidad. Este vicio, como se ha expresado ya, constituye una inmoderación en el deseo de saber. Tal disturbio invade y altera todas las dimensiones de la triple actividad vital humana y la interrelación que entre ellas existe. Carcome y distorsiona el fin al cual debiera apuntar el interés por saber. El verdadero conocimiento debería colaborar con la humildad de la persona, sin embargo, por la curiosidad viciosa, el hombre puede volverse altanero y engreído y utilizar la ciencia para alimentar su soberbia.

En palabras de San Agustín de Hipona: “Hay quienes, abandonando la virtud y sin saber quién es Dios y cuán grande es la majestad de la naturaleza inmutable, creen que hacen algo grande cuando estudian esta masa universal de materia que llamamos mundo. De esto les nace una soberbia tan grande que les hace creer que viven en el mismo cielo, sobre el cual discuten con frecuencia” (SAN AGUSTÍN, De Moribus Eccles. C. 21 ML 32, 1327).

De la misma manera, hay curiosidad cuando el hombre se interesa por el conocimiento técnico-artístico de la dimensión poética apartándose del orden moral, en miras de su aplicación para el mal.

El apetito de saber puede, también, desquiciarse intrínsecamente de cuatro modos. Primero, cuando se descuida el conocimiento de lo más importante por el estudio de lo secundario, como lo advertía San Juan Crisóstomo: “porque se tiene al alma como algo accesorio y se ha privilegiado lo secundario y olvidado lo importante, es que todo está lleno de confusión y desorden” (Comentario al evangelio de San Mateo). En segundo lugar, cuando se busca aprender de quien no es un buen maestro. En tercer término, cuando el conocimiento de lo mutable no ayuda a ascender a su principio y no es ordenado desde ahí. Y cuarto, cuando el hombre se afana por conocer las cosas que superan su capacidad, lo que lo lleva a cometer muchos errores (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II q. 167 a. 1 in c). .

La curiosidad, entonces, puede ser definida como el deseo de saber lo que no es pertinente. Al habituarse a considerar las cosas con impertinencia, el hombre va mermando de manera progresiva su auténtica capacidad de adquirir ciencia. La curiosidad está a la base de la superficialidad y de la amplitud en el conocimiento, que no coincide precisamente con su profundidad propia. Impide al hombre ahondar en los temas, alentándole a desdeñar el estudio de las cosas serias, sin gozar con su conocimiento. Va rebajando el valor del bien espiritual, puesto que impide a la persona detenerse en él para apreciarlo y le quita el atractivo real que posee para el corazón del hombre.

Todo en el hombre se ordena a conocer lo bueno, y dentro de este orden queda contenido el fin de la sensibilidad, que incluye el conocimiento sensible y el conocimiento de lo sensible. Sujeto a este fin, la ciencia sirve para supeditar todo al Bien en orden al cual todo debe ser obrado, cumpliendo así su noble tarea dentro de la vida de los hombres (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.167, a.2 in c).

Incluso, el interés por conocer la vida de otros, si quiere ser loable, no debe nunca apartarse de esta finalidad. Así lo afirma Santo Tomás: “El ver los hechos de los demás con buen espíritu, o para utilidad propia, es decir, para que las buenas obras del prójimo nos animen a ser mejores, o incluso para la utilidad de ellos, en cuanto que puede corregirse lo que haya de viciosos en ellas según las reglas de la caridad y guardando el orden debido, es loable, según dice en Heb 10, 24: Miraos mutuamente como modelos que copiar. Pero mirar hechos del prójimo para menospreciarlo o difamarlo, o para inquietarlo inútilmente, es vicioso. Por eso se dice en Prov 24, 15: No estés acechando ni busques iniquidad en cosas del justo, ni moleste su reposo” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.167, a.2 ad.3).

### **4. El orden en el deseo de saber**

El hábito de ciencia supone, entonces, la previa adquisición de una parte potencial de la templanza llamada

estudiosidad, que tiene por objeto el conocimiento, que supone cierto equilibrio afectivo que se obtiene por medio de la templanza en los deseos más sensibles del hombre. Esta virtud de la estudiosidad, que es parte potencial de la templanza, dispone al hombre, en primer lugar, para concentrarse en la consideración cada vez más profunda de lo que ya conoce y, desde ahí, avanzar hacia lo desconocido, impidiéndole buscar desordenadamente lo que ignora.

Ella modera el deseo natural que el hombre tiene de saber. Por eso se vincula estrechamente a la templanza. En palabras del Aquinate: “Es propio de la templanza el moderar el movimiento del apetito para que no se tienda de una manera exagerada hacia aquello que se desea naturalmente. Ahora bien: de la misma manera que el hombre, por su naturaleza corporal, desea los deleites del alimento y del placer venéreo, así desea, según su naturaleza espiritual, conocer algo. De ahí que diga el Filósofo, en I Metaphys., que todos los hombres, por naturaleza, desean saber. Ahora bien: la moderación de este apetito es propia de la estudiosidad. Por ello es natural que sea parte potencial de la templanza, como virtud secundaria y adjunta a una virtud principal. También queda comprendida bajo la modestia, por lo que antes dijimos (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.166, a.2 in c.).

La estudiosidad dispone a la persona a reflexionar intensamente sobre una sola cosa, ordenando la dimensión espiritual y física de todo estudio.

Por ser el hombre corporal, experimenta el cansancio físico que trae consigo la concentración intensa, y la estudiosidad facilita la perseverancia en el estudio a pesar de este natural cansancio provocado por él (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.166, a.2 ad.3). Impide que los afectos lo aparten de lo que debe meditar.

Así lo describe el Aquinate: “El afecto humano arrastra a la mente hacia la consecución de aquello hacia lo cual se siente atraída, según se dice en Mt 6, 2: Donde está tu tesoro, está también tu corazón. Y puesto que el hombre se siente atraído de manera especial hacia aquellas cosas que halagan a la carne, es natural que su pensamiento se dirija principalmente a esto, es decir, que busque el modo de dar gusto a su carne por cualquier medio” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.166, a.1 ad.2).

Siendo espiritual y abierto a conocerlo todo, la estudiosidad se opone al paso desordenado de la persona de un tema a otro o al abandono de algo importante por el atractivo de otro menos pertinente (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.166, a.2 ad.3).

Por una parte, esta virtud implica refrenar, pero más relevante es que impulsa con ímpetu a buscar la sabiduría, quitando los obstáculos que imposibilitan alcanzarla, y por lo mismo el verdadero estudio es escuela de humildad (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologiae, II-II, q.166, a.2 ad.3).

Por ello parece que es fundamental no descuidar la advertencia que ofrece San Buenaventura: “Nadie crea que le basta la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin el asombro, la observación sin el júbilo, la actividad sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, la investigación sin la sabiduría de la inspiración sobrenatural” (Itinerarium mentis in Deum, Prol., n. 4: Opera omnia, tomus V, Ad Claras Aquas 1891, 296).

## Conclusión

En consecuencia, en virtud de todo lo expuesto en esta disputatio dedicada a la soberbia, parece importante meditar en las palabras de la escritura y, en sentido figurado, esculpir las en letras de oro, grabándolas profundamente en la memoria, para meditarlas seria y constantemente, para pedir a Dios su Gracia: “Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso. Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor del señor. Porque grande es el poder del Señor; pero son los humildes quienes le glorifican. No pretendas lo que te sobrepasa, ni investigues lo que supera tus fuerzas. Atiende a lo que te ha sido encomendado, que las cosas misteriosas no te hacen ninguna falta. No te preocupes por lo que supera a tus obras, porque ya te han enseñado más de lo que alcanza la inteligencia humana. Pues las especulaciones desviaron a muchos y las falsas ilusiones extraviaron sus pensamientos. Corazón obstinado mal acaba, y el que ama el peligro en él sucumbe. Corazón obstinado se acarrea fatigas, y el pecador acumula pecado tras pecado. La desgracia del orgulloso no tiene remedio, pues la planta del mal ha echado en él sus raíces. El hombre prudente medita los proverbios, un oído atento es el anhelo del sabio”. (Si, 3, 17-29).



## Bibliotheca

### ***Opúsculos y cuestiones selectas. IV: Teología (2)***

**Tomás de Aquino**

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2007, 1344 pp.

ISBN: 84-7914-871-3.

La edición de «Opúsculos y cuestiones selectas» de santo Tomás de Aquino se propone dar a conocer un sector importante de sus escritos, donde su genio filosófico y teológico alcanza sus mayores cotas. Con frecuencia, sus estudiosos, cautivados por la perfecta sistematización y transparencia de la «Suma de Teología», no han reparado en que algunos de sus temas fueron precedidos, simultaneados o continuados en escritos monográficos o en disputas académicas, donde las cuestiones más controvertidas y profundas obtenían su adecuado tratamiento. La Biblioteca de Autores Cristiano, que precedentemente ha difundido la «Suma de Teología» y la «Suma contra gentiles» entre los lectores de habla hispana, inicia ahora la publicación de opúsculos y cuestiones de Santo Tomás, casi desconocidos incluso para investigadores del pensamiento medieval, pero imprescindibles para conocer íntegramente su pensamiento. La edición bilingüe incorpora por primera vez el texto de la edición leonina de las obras de Santo Tomás, su traducción y edición ha sido encomendada a profesores especializados en las respectivas materias. El volumen IV contiene: Cuestión sobre el pecado; Cuestión sobre el pecado venial; Cuestión sobre el pecado original; Cuestión sobre la pena del pecado original; Cuestión sobre la corrección fraterna; Contra los detractores de la vida religiosa; Sobre la perfección de la vida espiritual; Cuestión sobre el ingreso de los niños en la vida religiosa y sobre la ordenación de los consejos a los preceptos; Contra la doctrina de quienes apartan a los hombres de entrar en la vida religiosa; Exposición del Símbolo de los Apóstoles, esto es, del «Credo»; Exposición sobre la oración dominical, el Padrenuestro; Exposición de la salutación angélica llamada ordinariamente Avemaría; Conferencias sobre los mandamientos; Opúsculo sobre los artículos de la fe y los sacramentos de la Iglesia; Tratado de los ángeles o sustancias espirituales.